

Capítulo siete: La humildad

25 en., 26 may., 25 sept.

¹Clama, hermanos, la divina Escritura diciéndonos: *Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado* (Lc 14,11; 18,14; Mt 23,12). ²Al decir esto nos muestra que toda exaltación es una forma de soberbia. ³El Profeta indica que se guarda de ella diciendo: *Señor, ni mi corazón fue ambicioso ni mis ojos altaneros; no anduve buscando grandezas ni maravillas superiores a mí* (Sal 130 [131],1). ⁴Pero ¿qué sucederá? *Si no he tenido sentimientos humildes, y si mi alma se ha envanecido, Tú tratarás mi alma como a un niño que es apartado del pecho de su madre* (Sal 130 [131],2).

26 en., 27 may., 26 sept.

⁵Por eso, hermanos, si queremos alcanzar la cumbre de la más alta humildad, si queremos llegar rápidamente a aquella exaltación celestial a la que se sube por la humildad de la vida presente, ⁶tenemos que levantar con nuestros actos ascendentes la escala que se le apareció en sueños a Jacob, en la cual veía ángeles que subían y bajaban. ⁷Sin duda alguna, aquel bajar y subir no significa otra cosa sino que por la exaltación se baja y por la humildad se sube. ⁸Ahora bien, la escala misma así levantada es nuestra vida en el mundo, a la que el Señor levanta hasta el cielo cuando el corazón se humilla. ⁹Decimos, en efecto, que los dos lados de esta escala son nuestro cuerpo y nuestra alma, y en esos dos lados la vocación divina ha puesto los diversos escalones de humildad y de disciplina por los que debemos subir¹.

27 en., 28 may., 27 sept.

¹⁰Así, pues, el primer grado de humildad consiste en que uno tenga siempre delante de los ojos el temor de Dios, y nunca lo olvide (cf. Sal 35 [36],2; 100 [101],3). ¹¹Recuerde, pues, continuamente todo lo que Dios ha mandado, y medite sin cesar en su alma cómo el infierno abrasa, a causa de sus pecados, a aquellos que desprecian a Dios, y cómo la vida eterna está preparada para los que temen a Dios (cf. 1 Co 2,9). ¹²Guárdese a toda hora de pecados y vicios, esto es, los de los pensamientos, de la lengua, de las manos, de los pies y

¹ vv. 6-9: cf. Gn 28,12.

de la voluntad propia, y apresúrese a cortar los deseos de la carne (cf. *Sal* 11 [12],2; *Ga* 5,16). ¹³Piense el hombre que Dios lo mira siempre desde el cielo, y que en todo lugar, la mirada de la divinidad ve sus obras, y que a toda hora los ángeles se las anuncian (cf. *Sal* 13 [14],2; *Pr* 15,3).

¹⁴Esto es lo que nos muestra el Profeta cuando declara que Dios está siempre presente a nuestros pensamientos diciendo: *Dios escudriña los corazones y los riñones* (*Sal* 7,10). ¹⁵Y también: *El Señor conoce los pensamientos de los hombres* (*Sal* 93 [94],11), ¹⁶y dice de nuevo: *Conociste de lejos mis pensamientos* (*Sal* 138 [139],2). ¹⁷Y: *El pensamiento del hombre te será manifiesto* (cf. *Sal* 75 [76],11). ¹⁸Y para que el hermano virtuoso esté en guardia contra sus pensamientos perversos, diga siempre en su corazón: *Solamente seré puro en tu presencia si me mantuviere alerta contra mi iniquidad* (cf. *Sal* 17 [18],24; *Si* 4,29 [lat.]; *Sal* 13 [14],3; *Mt* 25,30; *Lc* 17,10)).

28 en., 29 may., 28 sept.

¹⁹En cuanto a la voluntad propia, la Escritura nos prohíbe hacerla cuando dice: *Apártate de tus voluntades* (*Si* 18,30). ²⁰Además pedimos a Dios en la Oración que se haga en nosotros su voluntad (cf. *Mt* 6,10). ²¹Justamente, pues, se nos enseña a no hacer nuestra voluntad cuidándonos de lo que la Escritura nos advierte: *Hay caminos que parecen rectos a los hombres, pero su término se hunde en lo profundo del infierno* (*Pr* 14,12; 16,25), ²²y temiendo también, lo que se dice de los negligentes: *Se han corrompido y se han hecho abominables en sus deseos* (*Sal* 13 [14],1).

²³En cuanto a los deseos de la carne, creamos que Dios está siempre presente, pues el Profeta dice al Señor: *Ante ti están todos mis deseos* (*Sal* 37 [38],10).

29 en., 30 may., 29 sept.

²⁴Debemos, pues, cuidarnos del mal deseo, porque la muerte está apostada a la entrada del deleite (*Passio Sebastiani* 4,14).

²⁵Por eso la Escritura nos da este precepto: *No vayas en pos de tus concupiscencias* (*Si* 18,30).

²⁶Luego, *si los ojos del Señor vigilan a buenos y malos* (*Pr* 15,3), ²⁷y *el Señor mira siempre desde el cielo a los hijos de los hombres, para ver si hay alguno inteligente y que busque a Dios* (*Sal* 13 [14],2), ²⁸y si los ángeles que nos están asignados, anuncian día y

noche nuestras obras al Señor (cf. *Hb* 1,14), ²⁹hay que estar atentos, hermanos, en todo tiempo, como dice el Profeta en el salmo, no sea que Dios nos mire en algún momento y vea que nos hemos inclinado al mal y nos hemos hecho inútiles (cf. *Sal* 13 [14],3), ³⁰y perdonándonos en esta vida, porque es piadoso y espera que nos convirtamos, nos diga en la vida futura: *Esto hiciste y callé* (*Sal* 49 [50],21; cf. *Si* 2,13; *Jdt* 7,20).

30 en., 31 may., 30 sept.

³¹El segundo grado de humildad consiste en que uno no ame su propia voluntad, ni se complazca en hacer sus gustos, ³²sino que imite con hechos al Señor que dice: *No vine a hacer mi voluntad sino la de Aquel que me envió* (*Jn* 6,38). ³³Dice también la Escritura: *La voluntad tiene su pena, y la necesidad engendra la corona* (*Passio Anastasiae* 17).

31 en., 1 jun., 1 oct.

³⁴El tercer grado de humildad consiste en que uno, por amor de Dios, se someta al superior en cualquier obediencia, imitando al Señor de quien dice el Apóstol: *Se hizo obediente hasta la muerte* (*Flp* 2,8).

1 feb., 2 jun., 2 oct.

³⁵El cuarto grado de humildad consiste en que, en la misma obediencia, así se impongan cosas duras y molestas o se reciba cualquier injuria, uno se abrace con la paciencia y calle en su interior, ³⁶y soportándolo todo, no se canse ni desista, pues dice la Escritura: *El que perseverare hasta el fin se salvará* (*Mt* 10,22; 24,13), ³⁷y también: *Confórtese tu corazón y soporta al Señor* (*Sal* 26 [27],14). ³⁸Y para mostrar que el fiel debe sufrir por el Señor todas las cosas, aun las más adversas, dice en la persona de los que sufren: *Por ti soportamos la muerte cada día; nos consideran como ovejas de matadero* (*Sal* 43 [44],23; *Rm* 8,36). ³⁹Pero seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen gozosos diciendo: *Pero en todo esto triunfamos por Aquel que nos amó* (*Rm* 8,37). ⁴⁰La Escritura dice también en otro lugar: *Nos probaste, ioh Dios! nos purificaste con el fuego como se purifica la plata; nos hiciste caer en el lazo; acumulaste tribulaciones sobre nuestra espalda* (*Sal* 65 [66],10-11). ⁴¹Y para mostrar que debemos estar bajo un superior prosigue diciendo: *Pusiste hombres sobre nuestras cabezas* (*Sal* 65 [66],12a). ⁴²En las

adversidades e injurias cumplen con paciencia el precepto del Señor, y a quien les golpea una mejilla, le ofrecen la otra; a quien les quita la túnica le dejan el manto, y si los obligan a andar una milla, van dos (cf. *Mt* 5,39-41; 27,42; *Lc* 6,29); ⁴³con el apóstol Pablo soportan a los falsos hermanos, y bendicen a los que los maldicen (cf. *2 Co* 11,26; *Cf. 1 Co* 4,12; *Lc* 6,28).

2 feb., 3 jun., 3 oct.

⁴⁴El quinto grado de humildad consiste en que uno no le oculte a su abad todos los malos pensamientos que llegan a su corazón y las malas acciones cometidas en secreto, sino que los confiese humildemente. ⁴⁵La Escritura nos exhorta a hacer esto diciendo: *Revela al Señor tu camino y espera en Él (Sal 36 [37],5)*. ⁴⁶Y también dice: *Confíesen al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Sal 105 [106],1; 117 [118],1)*. ⁴⁷Y otra vez el Profeta: *Te manifesté mi delito y no oculté mi injusticia*. ⁴⁸*Dije: confesaré mis culpas al Señor contra mí mismo, y Tú perdonaste la impiedad de mi corazón (Sal 31 [32],5)*.

3 feb., 4 jun., 4 oct.

⁴⁹El sexto grado de humildad consiste en que el monje esté contento con todo lo que es vil y despreciable, y que juzgándose obrero malo e indigno para todo lo que se le mande (cf. *Lc* 17,10; *Mt* 23,11), ⁵⁰se diga a sí mismo con el Profeta: *Fui reducido a la nada y nada supe; yo era como un jumento en tu presencia, pero siempre estoy contigo (Sal 72 [73],22-23)*.

4 feb., 5 jun., 5 oct.

⁵¹El séptimo grado de humildad consiste en que uno no sólo diga con la lengua que es el inferior y el más vil de todos, sino que también lo crea con el más profundo sentimiento del corazón (cf. *1 Co* 15,9; 1,28; *Flp* 2,3), ⁵²humillándose y diciendo con el Profeta: *Soy un gusano y no un hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe (Sal 21 [22],7)*. ⁵³*He sido ensalzado y luego humillado y confundido (Sal 87 [88],16 [lat.])*. ⁵⁴Y también: *Es bueno para mí que me hayas humillado para que aprenda tus mandamientos (Sal 118 [119],71. 73)*.

5 feb., 6 jun., 6 oct.

⁵⁵El octavo grado de humildad consiste en que el monje no haga nada sino lo que la Regla del monasterio o el ejemplo de los mayores le indica que debe hacer.

6 feb., 7 jun., 7 oct.

⁵⁶El noveno grado de humildad consiste en que el monje no permita a su lengua que hable. Guarde, pues, silencio y no hable hasta ser preguntado (cf. *Sal* 33 [34],14), ⁵⁷porque la Escritura enseña que *en el mucho hablar no se evita el pecado (Pr 10,19)* ⁵⁸y que *el hombre que mucho habla no anda rectamente en la tierra (Sal 139 [140],12)*.

7 feb., 8 jun., 8 oct.

⁵⁹El décimo grado de humildad consiste en que uno no se ría fácil y prontamente, porque está escrito: *El necio en la risa levanta su voz (Si 21,23 [20])*.

8 feb., 9 jun., 9 oct.

⁶⁰El undécimo grado de humildad consiste en que el monje, cuando hable, lo haga con dulzura y sin reír, con humildad y con gravedad, diciendo pocas y juiciosas palabras, y sin levantar la voz, ⁶¹pues está escrito: *Se reconoce al sabio por sus pocas palabras (Sexto, Enchiridion 145; cf. Si 20,5. 7)*.

9 feb., 10 jun., 10 oct.

⁶²El duodécimo grado de humildad consiste en que el monje no sólo tenga humildad en su corazón, sino que la demuestre siempre a cuantos lo vean aun con su propio cuerpo, ⁶³es decir, que en la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto, en el camino, en el campo, o en cualquier lugar, ya esté sentado o andando o parado, esté siempre con la cabeza inclinada y la mirada fija en tierra (cf. *Jn 19,30*), ⁶⁴y creyéndose en todo momento reo por sus pecados, se vea ya en el tremendo juicio. ⁶⁵Y diga siempre en su corazón lo que decía aquel publicano del Evangelio con los ojos fijos en

tierra: Señor, no soy digno yo, pecador, de levantar mis ojos al cielo (cf. *Lc* 18,13-14; *Mt* 8,8). ⁶⁶Y también con el Profeta: *He sido profundamente encorvado y humillado* (*Sal* 37 [38],7-9; 118 [119],107).

⁶⁷Cuando el monje haya subido estos grados de humildad, llegará pronto a aquel amor de Dios que *siendo perfecto excluye todo temor* (*1 Jn* 4,18), ⁶⁸en virtud del cual lo que antes observaba no sin temor, empezará a cumplirlo como naturalmente, como por costumbre, ⁶⁹y no ya por temor del infierno sino por amor a Cristo, por el mismo hábito bueno y por el atractivo de las virtudes. ⁷⁰Todo lo cual el Señor se dignará manifestar por el Espíritu Santo en su obrero, cuando ya esté limpio de vicios y pecados (cf. *Rm* 5,5).

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

San Cipriano de Cartago (+258), Sobre el Padrenuestro (14-17)

«Cúmplase tu voluntad en la tierra como en el cielo. No en el sentido de que Dios haga lo que quiere, sino en cuanto nosotros podamos hacer lo que Dios quiere. Puesto que ¿quién puede estorbar a Dios de que haga lo que quiera? Pero porque a nosotros se nos opone el diablo para que no esté totalmente sumisa a Dios nuestra mente y vida, pedimos y rogamos que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios; y para que se cumpla en nosotros, necesitamos de esa misma voluntad, es decir, de su ayuda y protección, porque nadie es fuerte por sus propias fuerzas, sino por la bondad y misericordia de Dios. En fin, también el Señor, para mostrar la debilidad del hombre, cuya naturaleza llevaba, dice: *Padre, si puede ser, que pase de mí este cáliz (Mt 26,39)*, y para dar ejemplo a sus discípulo de que no hicieran su propia voluntad, sino la de Dios, añadió lo siguiente: *Con todo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres (Mt 26,39)*. Y en otro pasaje dice: *No bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Jn 6,38)*. Por lo cual, si el Hijo obedeció hasta hacer la voluntad del Padre, cuánto más debe obedecer el servidor para cumplir la voluntad de su señor, como exhorta y enseña en una de sus epístolas Juan a cumplir la voluntad de Dios, diciendo: *No amen al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno amare al mundo, no hay en él amor del Padre, porque todo lo que hay en éste es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición de la vida, que no viene del Padre, sino de la concupiscencia del mundo; y el mundo pasará y su concupiscencia, pero el que cumpliere la voluntad de Dios permanecerá para siempre, como Dios permanece eternamente (1 Jn 2,15-17)*. Los que queremos permanecer siempre, debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno.

La voluntad de Dios es la que Cristo enseñó y cumplió: humildad en la conducta, firmeza en la fe, reserva en las palabras, rectitud en los hechos, misericordia en las obras, orden en las costumbres, no hacer ofensa a nadie y saber tolerar las que se le hacen, guardar paz con los hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarle porque es Padre, temerle porque es Dios; no anteponer nada a Cristo, porque tampoco él antepuso nada a nosotros; unirse inseparablemente a su amor, abrazarse a su cruz con fortaleza y confianza; cuando se trata de su nombre y honor, mostrar en las palabras la firmeza con la que le confesamos; en los tormentos, la confianza con que luchamos; en la muerte, la paciencia por la que somos coronados. Esto es querer ser coherederos de Cristo (cf. *Rm 8,17*), esto es cumplir el precepto de Dios, esto es cumplir la voluntad del Padre.

Pedimos que se cumpla la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra; en ambos consiste la culminación de nuestra felicidad y salvación. En efecto, teniendo un cuerpo terreno y un espíritu que viene del cielo, somos a la vez tierra y cielo, y oramos para que en ambos, es decir, en el cuerpo y en el espíritu, se cumpla su voluntad. Porque hay lucha entre la carne y el espíritu y cotidiana guerra, de modo que no hacemos lo que queremos, ya que el espíritu va tras lo celestial y divino, pero la carne se siente arrastrada a lo terreno y temporal. Y por eso pedimos que haya paz entre estos dos adversarios con la ayuda y auxilio de Dios, a fin de que, si se cumple la voluntad de Dios en el espíritu y en la carne, el alma, que ha renacido por Él, se salve. Es lo que pone de manifiesto y declara abiertamente el apóstol Pablo: *La carne, dice, apetece contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; estos dos*

son adversarios el uno contra el otro, de manera que no hacen lo que quieren. Bien conocidas son las obras de la carne, cuales son los adulterios, fornicaciones, impurezas, torpezas, idolatrías, envenenamientos, homicidios, enemistades, altercados, rivalidades, animosidades, provocaciones, riñas, desavenencias, herejías, envidias, embriagueces, comilonas y otros vicios semejantes; los que tales cosas cometen no poseerán el reino de Dios. Al contrario, los frutos del Espíritu son caridad, gozo, paz, magnanimidad, bondad, lealtad, mansedumbre, continencia, castidad (Ga 5,17-23). Por eso debemos pedir con cotidianas y aun continuas oraciones que se cumpla sobre nosotros la voluntad de Dios tanto en el cielo como en la tierra; porque ésta es la voluntad de Dios, que lo terreno se ponga a lo celestial, que prevalezca lo espiritual y divino.

También puede darse otro sentido, hermanos amadísimos, que, puesto que manda y amonesta el Señor que amemos hasta a los enemigos y oremos también por los que nos persiguen (cf. *Mt 5,44*), pidamos igualmente por los que aún son terrenos y no han empezado todavía a ser celestiales, para que asimismo se cumpla sobre ellos la voluntad de Dios, que Cristo cumplió conservando y reparando al hombre. Porque si ya no llama Él a los discípulos tierra, sino sal de la tierra (cf. *Mt 5,13*), y el Apóstol dice que el primer hombre salió del barro de la tierra y el segundo del cielo (cf. *1 Co 15,47*), nosotros, que debemos ser semejantes a Dios, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos (cf. *Mt 5,45*), con razón pedimos y rogamos, ante el aviso de Cristo, por la salvación de todos, que como en el cielo, esto es, en nosotros, se cumplió la voluntad de Dios por nuestra fe para ser del cielo, así también se cumpla su voluntad en la tierra, esto es, en los que no creen, a fin de que los que todavía son terrenos por su primer nacimiento empiecen a ser celestiales por su nacimiento segundo del agua y del Espíritu (cf. *Jn 3,5*)».

Orsisio, abad, Testamento

«21. Vigilemos con mayor atención y tengamos presente la grande gracia que el Señor nos hizo por medio de nuestro padre Pacomio, cuando renunciamos al mundo, y (si así hiciéramos) consideraríamos a las preocupaciones del mundo y el cuidado de las cosas seculares como una nada. ¿Acaso nos queda ocasión de tener algo propio, una soga o la correa del calzado, cuando tenemos prepósitos que se ocupan de nosotros con temor y temblor, tanto de la comida como del vestido, y en la enfermedad del cuerpo, si aconteciera, , para que temamos y perdamos por culpa de la carne la ganancia del alma? Somos libres, hemos sacudido el yugo de la servidumbre del mundo, ¿por qué queremos volver a nuestro vómito (cf. *Pr 26,11*) y tener algo de qué preocuparnos y que temamos perder? ¿Para qué usar capas superfluas o (tener) comidas más finas, o un lecho mejor? Todo ha sido preparado en común, y no hay nada más duro que la cruz de Cristo. Viviendo de acuerdo a ella nuestros padres nos edificaron sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, y en la disciplina de los evangelios, que está contenida en la piedra angular que es el Señor Jesucristo (cf. *Ef 2,20*), siguiendo a quien descendimos de la elevación que conduce a la muerte hasta la humildad que da la vida, cambiando las riquezas por la pobreza y las delicias por un alimento simple.

22. Los conjuro que no olviden el propósito que han hecho. Consideremos el legado de nuestro Padre como una escala que conduce al reino celestial (cf. *Gn 28,12*). No deseen ahora lo que antes abandonaron. Nos basta tener lo que es suficiente para un hombre: dos hábitos y además uno usado, una capa de tela, dos capuchas, un cinturón de tela, sandalias, una piel y un bastón. Si a alguien se le confía un ministerio y un servicio en el monasterio, y se

aprovecha de ello, considérese como crimen y sacrilegio: por cualquier cosa que separe y se conceda a sí mismo, despreciando a los que no tienen nada y son ricos en una pobreza feliz, porque no sólo perece él, sino que provoca a los demás a la muerte (con su ejemplo). Los que doblaron su frente y agradaron a Dios con humildad y compunción, gimiendo y llorando, cuando salgan de este cuerpo, serán llevados a la compañía de los santos Patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, de los profetas y apóstoles, y gozarán de una digna consolación, como la que tuvo Lázaro en el seno de Abraham (cf. *Lc 16,23*). En cambio, los que vivieron en los cenobios y sacaron algo de los bienes comunes en provecho propio, ipobres de ellos cuando salgan de este cuerpo! Pues se les dirá: *Acuérdense que recibieron los bienes en vida (Lc 16,25)*, mientras los hermanos se esforzaban en ayunos y en la continencia, y en el trabajo perseverante. Véanlos pues a ellos en el gozo y en la alegría, como que dejaron la vida presente para adquirir la futura; ustedes, en cambio, se encuentran en la estrechez y los tormentos, porque no quisieron oír las palabras del Evangelio (cf. *Mt 19,21; Lc 12,33; 18,22*), y despreciaron lo que dice Isaías: “*Mis servidores comerán, ustedes pasarán hambre; mis servidores beberán, ustedes tendrán sed; mis servidores se alegrarán, ustedes gritarán a causa del dolor de su corazón y por las angustias de su alma aullarán*” (*Is 65,13-14*). Oyeron las promesas de las Escrituras, y no quisieron recibir la disciplina (cf. *Pr 19,20*)».

San Basilio de Cesarea, Regla (versión latina de Rufino)

Cuestión 12

«Pregunta: ¿Está permitido a alguno decir por su propia cuenta lo que le parece bueno, prescindiendo del testimonio de las Escrituras?

Respuesta: 1 (Cuando) nuestro Señor Jesucristo habla del Espíritu Santo dice: *No hablará de sí mismo, sino que lo que ha oído eso hablará (Jn 6,13)*. Y (cuando habla) de sí: *El hijo no puede hacer nada por sí mismo (Jn 5,19)*, 2 y otra vez: *No he hablado por mí mismo; el Padre que me ha enviado es quien me mandó lo que he de decir y hablar; y yo sé que su mandamiento es la vida eterna. Las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho (Jn 12,49-50)*. 3 ¿Quién puede llegar a tal temeridad que se atreva a decir o pensar algo por sí mismo? 4 Antes bien, debe saber que todos tenemos necesidad de *la guía del Espíritu Santo, para que nos conduzca por la senda de la verdad* (cf. *Sal 142 [143],10; Jn 16,12-13*), en cuanto al pensamiento, a las palabras y a las obras. 5 Es ciego y vive en tinieblas todo el que carece del sol de justicia, nuestro Señor Jesucristo, cuyos mandamientos, a modo de rayos, nos iluminan. 6 *El mandamiento del Señor, dice, es luminoso y da luz a los ojos (Sal 18 [19],9)*.

7 Ya que tanto entre los asuntos que tratamos como en las palabras que hablamos, algunos están precisados por un mandamiento de Dios en las Divinas Escrituras, de otros en cambio, nada se dice, 8 acerca de las (cosa) que están escritas a nadie le está permitido admitir lo que está prohibido u omitir lo que está prescrito, 9 ya que el mismo Señor lo mandó diciendo: *Guarda esta palabra que yo te prescribo hoy; no le agregarás nada ni le quitarás nada (Dt 4,2; cf. Mt 5,18; Lc 16,17)*. 10 *Pues es terrible la espera del juicio y el ardor del fuego que consumirá a los adversarios y a los que se hayan atrevido a hacer algo similar (Hb 10,27)*. 11 Pero sobre las cosas que la Escritura calla el Apóstol nos dio una regla muy clara diciendo: *Todo es lícito, pero no todo es conveniente. Todo es lícito, pero no todo edifica; nadie busque su propia ventaja sino la de los otros (1 Co 10,23-24)*.

12 Por tanto, en cada caso, no debemos hacer lo que nos está permitido sino lo que edifica al prójimo, y no agradarnos a nosotros mismos, sino al prójimo para su edificación; 13 pues está

escrito: *Sométanse unos a otros en el temor de Cristo (Ef 5,21)*, y agrega el Señor: *El que quiera ser el mayor entre ustedes, hágase el último de todos y el servidor de todos* (cf. *Mt 20,26-27; Mc 9,34 ss.; 10,43-44; Lc 22,26*). 14 El que quiera cumplir esto sin duda suprime sus propias voluntades imitando al mismo Señor que dice: 15 *He descendido del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me envió, el Padre (Jn 6,38 ss.)*², y otra vez ordena el Señor: 16 *Si alguno te quiere obligar a caminar mil pasos, vete con él por otros dos [mil] (Mt 5,41)*».

Cuestión 62

«Pregunta: ¿Qué es la humildad, y cómo podemos practicarla?»

Respuesta: 1 La humildad en esto consiste: *en considerar a todos los hombres superiores a nosotros* (cf. *Flp 2,3*), según la definición del Apóstol. 2 Podemos practicarla si nos acordamos del Señor que dice: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29)*. Esto en muchas cosas lo mostró y lo enseñó a menudo; y debemos creerle porque promete: *El que se humilla será ensalzado (Mt 23,12; Lc 14,11)*. 3 Luego, en todos los actos y en todas las actividades debemos esforzarnos siempre y sin interrupción, para llegar a ser más humildes que los otros, y en esto pongamos (todo) nuestro esfuerzo. 4 Pues así, a duras penas podremos eliminar de nuestro recuerdo la arrogancia anterior y adquirir el afecto de la humildad, como también suele suceder en las artes. 5 De la misma manera se debe obrar para obtener las otras virtudes que nos han sido mandadas por nuestro Señor Jesucristo».

Cuestión 86

«Pregunta: Los que ya han progresado en el trabajo de la obra de Dios ¿cómo deben instruir y educar a los recién llegados?»

Respuesta: 1 Si aún son fuertes físicamente, por el hecho de que se muestran sin pereza y dispuestos para todos los oficios humildes que se les encomiendan, exhibiéndose a sí mismos a los recién llegado, edificándolos y dándoles un ejemplo útil para todo progreso. 2 Pero si son físicamente más débiles, les serán útiles mostrándoles en todos sus actos y movimientos, como también en su mismo rostro, que tienen siempre presente a Dios y piensan (en Él); 3 y también que aman con especial afecto aquellas cualidades que enumera el Apóstol diciendo: 4 *La caridad es paciente, es bondadosa, no es envidiosa, no obra el mal, no se hincha, no es deshonesto, no busca su propia ventaja, no se irrita, no piensa mal, 5 no se alegra por la maldad, sino que se alegra con la verdad; todo sufre, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca se acaba (1 Co 13,4-8)*. 6 Todo esto se puede cumplir también con un cuerpo débil».

San Ambrosio de Milán (+ 397), Comentario a los doce Salmos (1,18)

“... La Escritura nos enseña que la ascensión en la fe es como aquella escala en la que Jacob vio ascender y descender a los ángeles del Señor. Jacob es el hombre del ejercicio ascético y nos es propuesto para que, gracias a él, aprendiésemos la necesidad de progresar lentamente en la escala de la virtud, y así nos diésemos cuenta de poder tender desde lo más ínfimo a lo

² Basilio considera que la verdadera *anacoresis* consiste en el abandono de la voluntad propia; y, además, renunciar a la propia voluntad es realizar el precepto de renegar de sí mismo y el de la templanza. La esencia de la vida monástica es así conducida a su dimensión más personal e ineludible de la obediencia total, sin ella incluso los carismas más espectaculares carecen de valor.

más alto, con la condición de subir con pequeños pasos hacia las realidades que parecen superar la naturaleza humana. ¡Ten siempre delante de ti esta escala! No temas, hombre, ascender estos grados de la disciplina. El primer grado está cerca de la tierra, el sucesivo es semejante al primero. Así, a través de grados iguales, se sube hasta lo más alto. No desdeñes, hombre, el primer grado, como si fuese despreciable. Aquella primera ascensión te separa de la tierra: ya pisas el aire (*aeter*), apenas has levantado tu pie del fango. Inserto en la virtud, con tu elevación has abandonado la tierra, si evitas la culpa. Por tanto, el inicio del progreso hacia la virtud es la abstención del pecado”.

San Agustín, Sermón 46,2

“El Señor, no según mis merecimientos, sino según su infinita misericordia, ha querido que yo ocupara este lugar y me dedicara al ministerio pastoral; por ello debo tener presente dos cosas, distinguiéndolas bien, a saber: que por una parte soy cristiano y por otra soy obispo. El ser cristiano se me ha dado como don propio; el ser obispo, en cambio, lo he recibido para el bien de ustedes. Consiguientemente, por mi condición de cristiano debo pensar en mi salvación, en cambio, por mi condición de obispo debo ocuparme de la de ustedes.

En la Iglesia hay muchos que, siendo cristianos pero sin ser preladados, llegan a Dios; ellos andan, sin duda, por un camino tanto más fácil y con un proceder tanto menos peligroso cuanto su carga es más ligera. Yo, en cambio, además de ser cristiano, soy obispo; por ser cristiano deberé dar cuenta a Dios de mi propia vida, por ser obispo deberé dar cuenta de mi ministerio”.

Tratado sobre la humildad (siglo IV?)

«Ilustre y gloriosa es la vida de los solitarios por Cristo; ella tiene las promesas de las alegrías presentes y futuras (1 Tm 4,8), con la condición de que conserven en la gloria una humildad sin fingimientos. Sin embargo, vemos a la vanagloria y a la soberbia instalarse en sus vidas, a pesar de que la vanagloria no reporta ninguna utilidad a aquellos que se dejan arrastrar por ella; por el contrario, es muy perjudicial para todos los que se ensalzan.

Hay algunos hermanos que hacen vigorosos ayunos y largas vigiliias, a estos los llaman “grandes”; hoy otros cuyos ayunos son moderados y sus vigiliias mesuradas, y a estos los llaman “pequeños”³; y así mientras los “grandes” obtienen la gloria merced a sus esforzadas acciones, los “pequeños” alcanzan la humildad por su discreción. Los “pequeños” no desean la gloria de los “grandes”, porque su gloria es aquella que les está destinada desde siempre en el cielo. Por el contrario, los “grandes” tienen necesidad de la humildad de los “pequeños” para no caer cuando están subiendo, para no verse despojados de la gloria de aquí abajo y, sobre todo, para no ser, más tarde, excluidos de la gloria futura. Junto a la humildad, en efecto, la vida ascética es útil, pero sin la humildad es muy perjudicial. Si prestamos atención a la palabra que Nuestro Señor ha dicho en el evangelio, constataremos que esos “pequeños” que han trabajado poco, han hecho mucho más que todos los “grandes”, que trabajaron mucho más. Porque los “grandes” ejercitan, para su propia satisfacción, sus fuerzas en la práctica de la justicia; mientras que los “pequeños” han conservado, sin vacilar, toda la fuerza que poseían, para que no sea sólo de su trabajo,

³ En los apotegmas se encuentran muy a menudo las denominaciones *megaloi* y *mikroi*. Los *megaloi* (grandes) son los monjes que sobresalen por sus prácticas ascéticas.

sino también en virtud de la fe que ellos reciban la herencia. Así la viuda pobre que depositó dos monedas en la alcancía, dio más que los ricos que tenían mucho; estos dieron de lo que les sobraba, mientras que esa pobre mujer entregó, en su indigencia, todo lo que poseía (*Lc 21,2-4*); no se guardó nada, a no ser la sola esperanza en un Dios bondadoso y amigo de los pobres. Todo hombre tiene necesidad de Dios, también los ricos y aquellos que son tenidos en alta estima por los hombres, no sea que al olvidarse de Dios, caigan en la miseria y sean blanco de la burla y el desprecio (cf. *Ef 2,12*). Esto es lo que les ocurre a muchos de los que no tienen esperanza y están en el error, sin comprender el poder de Dios (*Mt 22,29*). Porque la justicia de los hombres no reside en las grandas obras, sino en una gran humildad: la acción glorifica y la humildad justifica. No es de la acción que nace la humildad, sino que de la humildad surge la acción. Si el hombre no comienza por humillarse, no podrá practicar la ascesis, pero si se humilla no podrá ser dominado por el orgullo. ¿Cómo puede enorgullecerse el hombre?: ignorando la acción de la gracia, imaginándose que el trabajo de la gracia es su obra personal y despreciando a los otros, diciendo en su interior: “*He trabajado más que todos*” sin confesar: “*no yo, Señor, sino la gracia que está en mí*” (*1 Co 15,10*).

Por todo esto debemos tener un gran interés por la humildad, a fin de progresar en esa virtud y poder agradar a Dios; sin la humildad es vano el esfuerzo que hacen todos los hermanos en las prácticas ascéticas. Del mismo modo que la raíz de todos los males para el cristiano es el orgullo, la causa de todos los bienes es la humildad⁴. Y así como la persona que se deja encadenar por el orgullo no se salva, asimismo la persona que se humilla no muere, “*sólo a Dios conviene la gloria*” (*1 Tm 1,17; Judas 25*). Él no castiga a los orgullosos como (si fueran) servidores sino que no tiene piedad de ellos (*Mt 18,32*), los odia como a enemigos y los hace morir, como está escrito: “Dios humilla a los orgullosos y da su gracia a los humildes” (*Pr 3,34; St 4,6; 1 P 5,5*).

Seguramente habrá alguno de aquellos (se refiere a los “grandes”) que, admitiendo todo esto, dirá que esta enseñanza no es para él; el argumento que ellos esgrimen es falso. A saber: ¿si es por la humildad que se realiza la justicia, para qué son necesarios los ayunos, las vigiliias y todas las demás prácticas con las cuales se mortifica el cuerpo de diversas maneras? Ciertamente, el fervor que demostramos en el tiempo presente, en la práctica de los ayunos, deberá mantenerse hasta el fin de nuestra vida, y nos será mantenido por Nuestro Señor; porque es más difícil guardar lo que se posee, que adquirir aquello que aún no se tiene. Durante las vigiliias, el maligno, que odia el bien, no puede quitarnos, con sus trampas, nuestros bienes, como ocurre cuando nos dormimos. Según está escrito: “*Si el dueño de la casa supiera a qué hora va a venir el ladrón, vigilaría para impedir que el asaltante entrase en la casa*” (*Mt 24,43; Lc 12,39*). Es por esta razón que Nuestro Señor, conociendo la debilidad de nuestra carne, ordena a los que duermen que recen y vigilen para no caer en la tentación (cf. *Mt 26,41*). Porque Nuestro Señor sabe que, desde el principio, el enemigo es un mentiroso y un asesino (cf. *Jn 8,44*) y que desde la tentación ha adquirido mucha astucia para hacerse todo a todos, para perderlos a todos (cf. *1 Co 9,22*). El sabe que, por esta razón, el demonio tienta con la gloria a los que lo han vencido con la humildad, porque, al vanagloriarse, abandonan la humildad como una cosa inútil; de ese modo rechazan al Espíritu Santo que los cubre con su protección (permitiendo), que los domine el espíritu impuro que lucha, sin cesar, contra ellos⁵. La naturaleza está muy inclinada y siente especial atracción por la gloria, y las personas demasiado activas son

⁴ Los sentimientos que engendran en nosotros una profunda humildad “extirpan el orgullo, el peor de los vicios” (Evagrio Póntico, *Carta a Anatolio*, PG 40,1220D).

⁵ Cuando el monje cede a los pensamientos del orgullo, se aleja de Dios y se ve asediado por los pensamientos impuros.

fácilmente atrapadas por ella. Pero la tribulación⁶ viene rápidamente en ayuda del hombre; porque la tribulación es una defensa sólida en la lucha, y un arma de salvación en la tormenta. No debemos alejar la tribulación cuando nos agobia, sino buscarla aunque ella se aleje de nosotros, y tratar de encontrarla cuando no está cerca. Porque la tribulación le procura al hombre la “gnosis”⁷ y la castidad que preservan su vida. Por eso los justos (cf. *St* 1,22) le piden a Dios, sin cesar (la gracia) de no abandonar, engañándose a sí mismos, la esperanza que poseen. Tal fue el caso de Salomón que odiaba la tribulación, amaba el placer, y en vez de la humildad, buscaba la gloria y estimaba más el culto a los ídolos que realizaban sus mujeres, que el culto al Dios de sus padres; y fue llevado a hacer el mal y a irritar al Señor. No se acordó de la misericordia y de la alianza que Dios había hecho con él, y le devolvió mal por bien. ¡Oh el placer amargo y la gloria maldita, que obraron en Salomón, sin ningún esfuerzo, tales prodigios y maravillas que ni Satanás mismo, tan hábil para el mal, hubiera podido realizar en los justos! Porque en las aflicciones los (justos) sirven a Dios, y en las alegrías a sus pasiones. Salomón abandonó el amor de Dios, se despojó de la ciencia que viene del cielo, renunciando a la gloria de David, su padre, y no observó su justicia, porque el amor por sus mujeres lo apartó del temor de Dios de sus padres. Es mejor para el hombre ser pisado por Satanás que encontrarse en la gloria. En efecto, el que es atormentado por Satanás es consciente de su tribulación y desde su miseria llama a Dios, y Él lo escucha (cf. *Sal* 117 [118],5). Pero el que está en la gloria, no toma conciencia de su enfermedad y no busca a Nuestro Señor, sino que lo abandona, anhelando una condición que prepara la perdición y conduce al castigo eterno. Si no padecieran tribulaciones los hombres no temerían a Dios, como lo dice el profeta: “*Cuando los hacía morir, lo buscaban, se convertían y se volvían hacia Él*” (*Sal* 77 [78],34).

Si no aman los placeres, no despreciarán a Dios, como lo ha dicho otro profeta: “*Malditos los que al levantarse por la mañana corren tras las bebidas alcohólicas, los que trasnochaban encandilados por el vino; beben al son de flautas, tamboriles y cítaras, y no toman en cuenta las obras de Dios, no ven la obra de sus manos*” (*Is* 5,11-12). A través de las palabras de la Sagrada Escritura y de las experiencias de la vida, podemos comprender fácilmente que no hay nada más dañino, para los justos, que los placeres y las diversiones. Por esta razón los pecadores son tentados por el demonio, para que no se vean afligidos por sus vicios, no sea que comiencen a hacer penitencia. Pero cuando sean probados por la tribulación, gozarán de la paz y tendrán parte en la esperanza de los justos; porque está escrito: “*Dios no despreciará un corazón contrito*” (*Sal* 50 [51],19).

Si nos gozamos en la esperanza de los justos (*Rm* 12,12), odiaremos las alegrías de los pecadores y nos complaceremos en las tribulaciones de los justos; para ser, por medio de ellas, agradables a Dios y “*encontrar la misericordia*” (*Hb* 4,16) y la gracia, junto a aquel que es “*el Señor de la Gloria*” (*1 Co* 2,8), de la muerte y de la vida. Él es quien nos puede salvar del castigo reservado a los pecadores e introducirnos en el reposo de sus elegidos, los justos; para que, junto con ellos, glorifiquemos el nombre glorioso de Nuestro Señor, Nuestro Dios y Nuestro Salvador, con un canto de júbilo y de acción de gracias. A Él que ha hecho tanto por nosotros y nos ha colmado de paz, a ese Dios bueno, cuya misericordia es eterna (*Sal* 99 [100],4), a Él sea la gloria, el poder y la acción de gracias por medio de todos los santos por los siglos de los siglos. Amén».

⁶ El término *thlipsis* designa, en Evagrio, las dificultades de la vida espiritual; dificultades que son provocadas por el demonio y las luchas que se deben librar contra él, cuando se practica la humildad.

⁷ La palabra “gnosis”, sinónimo de *theoria*, designa, en Evagrio, la ciencia natural o contemplación de los seres creados. Esta ciencia natural es la etapa que precede a la *theologiké* (teología), que es la ciencia unitiva, no discursiva de Dios. Estas dos últimas etapas forman, juntas, la *gnostiké*.

Apotegmas de los Padres del desierto (V,15)

«Dijo el abad Antonio: “Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: ¿quién podrá pasar por ellas? Y oí una voz que me respondía: la humildad”» (n. 3).

«Fueron unos ancianos a ver al abad Antonio, e iba con ellos el abad José. Los quiso probar el anciano y les propuso un pasaje de la Escritura preguntándoles su sentido, comenzando por los menores y uno a uno respondían según su capacidad. A cada uno de ellos decía el anciano: “No lo has encontrado todavía”. Por último, le preguntó al abad José: “¿Qué dices tú acerca de esta palabra?”. Respondió: “No sé”. Dijo el abad Antonio: “El abad José encontró el camino, porque dijo: “No sé”» (n. 4).

«El abad Serapión decía: “He padecido muchos más trabajos corporales que mi hijo Zacarías, y no he llegado tan alto como él en la humildad ni en el silencio”» (n. 16).

«Dijo el abad Juan, el Enano: “La puerta de Dios es la humildad. Nuestros Padres tuvieron que sufrir muchas humillaciones y entraron alegres en la ciudad de Dios”. Y añadió: “La humildad y el temor de Dios superan a todas las virtudes”» (n. 22).

El abad Juan de Tebas, decía: “Ante todo, el monje debe ser humilde, porque este es el primer mandato del Salvador, cuando dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos (Mt 5,3)*”» (n. 23).

«Un día, el abad Macario, volvía del pantano a su celda llevando palmas. Y salió a su encuentro el diablo con una guadaña. Intentó herirlo con la guadaña pero no pudo. Y entonces le dijo: “Macario, sufro mucho por tu causa, porque no te puedo vencer. Hago todo lo que tú haces: tú ayunas y yo no como, tú velas y yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la que tú me superas”. “¿Cuál es?”, le preguntó el abad Macario. Y el demonio le respondió: “Tu humildad, que me impide el que pueda vencerte”» (n. 26).

«Dijo el abad Pastor: “El hombre lo mismo que aspira y expelle el aliento, debe respirar continuamente la humildad y el temor de Dios”» (n. 32).

«El abad Pastor decía: “Humillarse ante Dios, no darse importancia, y postergar su propia voluntad, son las herramientas con las que el alma trabaja”» (n. 34).

«Decía el abad Pastor: “La humildad es la tierra pedida por el Señor para ofrecerle el sacrificio”» (n. 37).

«Un hermano preguntó a un anciano: “¿Por qué nos atacan tanto los demonios?” El anciano le respondió: “Porque abandonamos nuestras armas, que son los ultrajes, la humildad, la pobreza y la paciencia”» (n. 58).

«Preguntaron a un anciano: “¿Qué es la humildad?” Y respondió: “Perdonar al hermano que ha pecado contra ti antes de que te pida perdón”» (n. 60).

«Un hermano preguntó a un anciano: “¿Qué es la humildad?” El anciano respondió: “Hacer bien a los que te hacen mal”. “¿Y si no alcanzo esas alturas, ¿qué

debo hacer?”, insistió el hermano. Y contestó el anciano: “¡Huye y escoge el silencio!”» (n. 63)

«Sinclética de santa memoria dijo: “Es tan imposible salvarse sin humildad como construir un barco sin clavos”» (n. 48).

«Dijo el abad Hiperequios: “El árbol de la vida está arriba y a él sube la humildad del monje”» (n. 49).

Juan Casiano, Instituciones, libro IV: el sermón del abad Pinufio

Capítulo 32

«Por aquella confianza que le habíamos tenido cuando estaba en nuestro monasterio, enseguida buscamos al anciano con gran diligencia al llegar a Egipto. Me propongo ahora intercalar en este opúsculo la exhortación que él hizo a un hermano en nuestra presencia cuando lo recibió en el cenobio, porque pienso que hay alguna instrucción que obtener de ello.

Ya ves -le dijo el anciano- cuántos días has permanecido durmiendo a las puertas del monasterio, antes de ser recibido en este día. Debes conocer en primer lugar la causa de esta dificultad. Pues podría serte muy útil en el camino que deseas comenzar si, conocida esta razón, llegares al servicio de Cristo de manera consecuente y tal como conviene.

Capítulo 33

Dios, en efecto, tiene prometida una gloria inmensa en el futuro para quienes le sirven fielmente y están unidos a él por la observancia de esta regla. Así también tiene aparejadas gravísimas penas para los que fuesen tibios y negligentes en su ejecución, y no se preocuparan de manifestar los frutos de santidad congruentes con la vida que han profesado o con la estima que los hombres les tienen.

Según la sentencia de la Escritura *es mejor no prometer que dejar de cumplir lo prometido* (Qo 5,4 [LXX]), y *maldito el que realiza con negligencia la obra de Dios* (Jr 48,10 [LXX]). Por esta razón es que te hemos estado rechazando tanto tiempo. No es que nosotros no deseemos con todo anhelo hacer nuestra tanto tu salvación como la de todo el mundo, y no aspiremos a salir lejos al encuentro de los que quisieran convertirse a Cristo. Pero tememos que si te recibiéramos precipitadamente nosotros nos haríamos reos ante Dios de ligereza y tú de castigos más graves, si admitido aquí con facilidad y sin haber comprendido bien la importancia de la vida que deseas profesar, (tú) pudieras abandonarla más tarde o caer en la tibieza⁸. Por eso debes conocer, en primer lugar, la causa de tu renuncia, a fin de estar mejor instruido sobre lo que te conviene hacer.

Capítulo 34

⁸ Esta frase no es de fácil traducción, en el latín se lee: “sed ne temere recipientes et nos apud Deum leuitatis et te reum grauioris supplicii faceremus, si ad praesens facile susceptus nec pondus professionis huius intellegens uel destitutor post haec uel tepidus extitisses”.

La renuncia no es otra cosa que el signo de la Cruz y de la mortificación. Por ende, debes saber que en este día tú has muerto a este mundo, a sus obras y deseos, y que, según el Apóstol, estás crucificado para el mundo y el mundo para ti⁹.

Considera entonces lo que implica la Cruz bajo cuyo misterio debes vivir desde ahora, a la luz de esta vida: porque ya no eres tú el que vive, sino que vive en ti aquél que fue crucificado por ti¹⁰.

Debemos pasar esta vida con aquella actitud y disposición en la que Él fue suspendido en el patíbulo por nosotros, a fin de que, según la palabra de David, marcando con el temor del Señor nuestra carne¹¹, no sirviendo a todas nuestras voluntades y deseos de nuestra concupiscencia, las clavamos más bien a la mortificación de Cristo. Así cumpliremos el precepto del Señor que dice: *El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí (Mt 10,38)*.

Pero quizás digas: “¿Cómo puede el hombre llevar siempre su cruz o cómo estando en vida puede alguien estar crucificado?”. Escucha brevemente la explicación:

Capítulo 35

Nuestra cruz es el temor del Señor. Así como el que está crucificado no tiene más la posibilidad de mover sus miembros o de volverse hacia donde le parece mejor, de la misma manera debemos ajustar nuestras voluntades y deseos no de acuerdo con lo que nos es grato y nos deleita en el presente, sino de acuerdo con la ley del Señor, allí donde ella nos ha sujetado. El que está clavado en el patíbulo de la cruz ya no mira las cosas presentes, ni piensa en sus afectos; no se inquieta ni se preocupa por el día de mañana; no es agitado por el deseo de tener; no se deja conmover por ninguna altanería, ninguna rivalidad, ningún celo; no se duele de las injurias del presente ni recuerda las pasadas. Aunque todavía vive en el cuerpo, se considera ya muerto a todas las cosas y dirige la mirada de su corazón al lugar adonde sabe que muy pronto va a pasar. Del mismo modo a nosotros los crucificados por el temor del Señor nos conviene estar muertos a todas aquellas cosas, esto es, no sólo a los vicios carnales sino también a los elementos del mundo, teniendo fijos los ojos del alma en el lugar al cual debemos emigrar en cualquier momento. De este modo podremos tener mortificados todas las concupiscencias y los afectos carnales.

Capítulo 36

1. Ten cuidado, pues, de que no vayas a retomar jamás a las cosas que una vez abandonaste por tu renuncia y, en contra de la prohibición del Señor, no vayas a retornar del campo evangélico donde trabajas para volver a vestir la túnica de la que te habías despojado¹². No vayas a recaer en las concupiscencias y preocupaciones bajas y terrenas de este mundo, ni vayas a bajar, en contra del mandamiento de Cristo, del techo de la perfección para tomar algunas de esas cosas a las que habías renunciado¹³.

Procura no recordar a tus parientes, ni tus afectos antiguos, no sea que vuelto a las preocupaciones y solicitudes del siglo y, según la sentencia del Salvador, *poniendo la mano en el arado y mirando hacia atrás (Lc 9,62)*, vayas a ser inepto para el reino de los cielos.

⁹ Cf. *Ga* 6,14.

¹⁰ Cf. *Ga* 2,20.

¹¹ Cf. *Sal* 118 [119],120.

¹² Cf. *Mt* 24,18.

¹³ Cf. *Mt* 24,17.

2. Pon atención a que cuando comiences a tener un conocimiento sabroso de los *Salmos* o de tu profesión, no vayas a resucitar poco a poco el orgullo que ahora, al comenzar, aplastaste con el ardor de la fe y con entera humildad. Según la palabra del Apóstol, si vuelves a edificar lo que habías demolido te conviertes a tí mismo en un prevaricador¹⁴. En cambio, permanece más bien hasta el fin en este despojamiento que has profesado ante Dios y sus ángeles. Y no sólo persistas en aquella humildad y paciencia que te ha hecho orar durante diez días con tantas lágrimas a la puerta del monasterio, a fin de ser admitido en él, sino que progresa en aquella virtud y hazla crecer más y más. Porque sería una desgracia muy grande si en lugar de avanzar a partir de los rudimentos y comienzos, tendiendo a la perfección, empezaras a bajar de ese punto a algo inferior. No el que comienza estas cosas, sino *el que perseverare hasta el fin se salvará* (Mt 24,13).

Capítulo 37

La astuta serpiente observa siempre nuestro talón¹⁵, es decir que tiende sus trampas junto a nuestra puerta y hasta el fin de nuestra vida trata de derribarnos. Por eso de nada te servirá haber comenzado bien o haber abrazado con gran fervor los comienzos del renunciamento, si estas cosas no fueran valorizadas y concluidas por un fin correspondiente, y si no guardares hasta el término de tu vida la humildad y la pobreza de Cristo, que ahora has profesado en su presencia, tal como la comenzaste. Para que puedas cumplir esto, observa siempre la cabeza de esta serpiente, es decir, el comienzo de los pensamientos que te sugiere y manifiéstalos enseguida a tu anciano. Así aprenderás a aplastar sus perniciosas insinuaciones, si no te avergüenza revelárselos enteramente a tu anciano.

Capítulo 38

Por lo cual, según la sentencia de la Escritura, una vez que has salido *para servir al Señor, permanece en el temor de Dios y prepara tu alma para las tentaciones* (Si 2,1) y las angustias, no para el descanso, no para la seguridad, no para las delicias. *Es necesario entrar en el reino de Dios por muchas tribulaciones* (Hch 14,22). *Angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida y son pocos los que lo encuentran* (Mt 7,14). Considera que formas parte de los pocos y elegidos: no te enfríes por el ejemplo y la tibieza de la multitud, sino vive como los pocos, a fin de que merezcas ser encontrado con los pocos en el reino. *Muchos son los llamados y pocos los elegidos* (Mt 22,14; cf. Mt 20,16), y *es pequeña la grey a quien el Padre tuvo a bien darle la heredad* (cf. Lc 12,32; no es una cita "literal"). No creas que es pecado leve haber profesado una vez la perfección y seguir después lo que es imperfecto.

He aquí los grados y el orden por los que se llega al estado de perfección.

Capítulo 39

1. *El principio* de nuestra salvación y su conservación *es el temor del Señor* (Pr 9,10), puesto que por medio de él los que se ejercitan en el camino de la perfección adquieren el comienzo de la conversión, la purificación de sus vicios y la guarda de las virtudes. Cuando ese temor ha penetrado el espíritu de un hombre da a luz el desprecio de todas las cosas y engendra el olvido de los parientes e incluso el horror del mundo. Y aquel desprecio y privación de todos los bienes lleva a adquirir la humildad.

¹⁴ Cf. Ga 2,18.

¹⁵ Cf. Gn 3,15; Sal 55 [56],7.

2. Ahora bien, la humildad se reconoce por los siguientes indicios:

primero, si uno ha mortificado toda voluntad propia;
 segundo, si no ha ocultado nada a su anciano, no sólo de sus acciones sino incluso de los pensamientos;
 tercero, si no apoyándose en su propio criterio, sino entregando todo al juicio del anciano, escuche sediento y con agrado sus avisos;
 cuarto, si en todas las cosas mantiene la mansedumbre de la obediencia y la constancia de la paciencia;
 quinto, si no sólo se abstiene de injuriar a nadie, sino que además no se duele ni entristece de las que los otros le infieren a él;
 sexto, si no hace ni presume nada sino lo que recomienda la regla común o el ejemplo de los mayores;
 séptimo, si está contento con todo lo más vil y si en todo lo que se le ofreciere se considera como un obrero malo e indigno;
 octavo, si uno se siente inferior a todos y eso no sólo en la superficie de los labios sino también en el afecto más íntimo de su corazón;
 noveno, si refrena su lengua y no levanta demasiado su voz;
 décimo, si no es fácil y pronto para la risa.

3. La verdadera humildad se reconoce, pues, por medio de tales indicios y otros parecidos. Una vez poseída de verdad, ella te conducirá de inmediato, como a un grado superior, a la caridad exenta de temor¹⁶, gracias a la cual comenzarás a hacer sin trabajo y como naturalmente lo que al principio no cumplías sino con miedo del castigo y actuarás no ya por consideración del suplicio o de un temor cualquiera, sino por amor del mismo bien y el deleite de las virtudes.

Capítulo 40

Para que puedas llegar a esto más fácilmente, tú que vives en comunidad, busca ejemplos imitables y de vida perfecta, no los de muchos, sino de pocos, incluso de uno o dos. Porque, fuera del hecho de que una vida probada y purificada se encuentra en pocos, también se puede sacar de esto la siguiente ventaja: que uno, para tender a la perfección de este propósito, es decir, el de la vida cenobítica, es más diligentemente educado y formado por el ejemplo de uno solo.

Capítulo 41

1. Para que puedas alcanzar todo esto y perseverar hasta el fin, bajo esta regla espiritual hay tres cosas que debes guardar, como necesarias en la vida de comunidad según la sentencia del Salmista: *Yo entretanto, como sordo, no escucho y soy como mudo que no abre sus labios. Me he hecho semejante a un hombre que no oye y que no tiene respuesta en su boca* (Sal 37 [38],14-15). Compórtate tú también como sordo, mudo y ciego, de forma que fuera de la mirada atenta sobre aquél que has elegido para imitar por el mérito de su perfección, todas las cosas que vieres menos edificantes, como ciego no las veas, no sea que estimulado por la autoridad y conducta de aquellos que hacen estas cosas, te deslices hacia lo peor y que antes condenabas.

¹⁶ Cf. 1 Jn 4,18.

2. Si oyes hablar de un desobediente, contumaz o detractor o de alguien que se conduce de manera diferente a lo que te ha sido enseñado, no te escandalices ni te dejes arruinar imitando tal ejemplo. Pasa a través de todo, como un sordo que no oye nada de eso.

Si a ti o a algún otro se le hacen ultrajes o se le han inferido injurias, permanece inmóvil y como un mudo escucha sin responder según la ley del talión, cantando siempre en tu corazón este versículo del Salmista: *Yo me dije "Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua; pondré un freno a mi boca mientras el impío esté frente a mí". Y quedé silencioso, mudo; callé aún el bien (Sal 38 [39],2-3).*

3. Pero tú, cultiva este cuarto principio más que todos porque corona y da valor a las tres cosas de que hablamos antes. Es decir: *hazte necio en este mundo*, según el precepto del Apóstol, *para llegar a ser sabio (cf. 1 Co 3,18)*. No disciernas ni juzgues nada de las cosas que te fueren mandadas sino que, con toda simplicidad y fe muestres siempre la obediencia, teniendo sólo por santo, por útil, por sabio lo que te indicare la ley del Señor y el parecer del anciano. Fundado sobre tales principios puedes permanecer siempre bajo esta disciplina y no serás echado del cenobio por ninguna tentación del enemigo ni por ninguna maquinación.

Capítulo 42

Por lo tanto no debes esperar tu paciencia de la virtud de los otros, es decir, pensando que sólo la poseerás cuando nadie te ofenda, pues no depende de tu voluntad que eso ocurra. Pero debes esperarla más bien de tu humildad y longanimidad, que están en tu poder.

Capítulo 43

Para que todo lo que hasta ahora se ha desarrollado largamente se inculque más fácilmente en tu corazón y pueda impregnarse firmemente en tus sentidos, haré de ello un resumen que te permitirá, en razón de su brevedad y compendio, guardar en tu memoria el conjunto de los preceptos.

Escucha, pues, en pocas palabras por qué grados podrás ascender sin ningún trabajo ni dificultad a la misma perfección.

El principio de nuestra salvación y de nuestra sabiduría es, según la Escritura, el temor del Señor (Pr 9,10). Del temor del Señor nace una compunción saludable. De la compunción del corazón nace la renuncia, es decir, el despojamiento y el desprecio de toda riqueza. Del despojamiento es procreada la humildad. De la humildad viene la mortificación de las voluntades. Por la mortificación de las voluntades son extirpados y se marchitan todos los vicios. Con la expulsión de los vicios las virtudes pueden crecer y dar fruto. Por la fecundidad de las virtudes se adquiere la pureza del corazón. Por la pureza de corazón se posee la perfección de la caridad apostólica».

Juan Casiano, Instituciones

«Leemos, que Ezequías, rey de Judá, hombre perfectamente justo en todos los aspectos, y reconocido por el testimonio de las santas Escrituras (cf. 2 R 18,1 ss.), después de haber merecido innumerables elogios por sus virtudes, fue abatido por una sola flecha de vanidad. Él, que con una sola oración pudo alcanzar la ruina de ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército asirio, por medio de un ángel devastador y en la noche (cf. 2 R 19,15. 35) fue vencido

por la vanagloria. Dejaré atrás la lista interminable de sus virtudes, que sería muy largo enumerar (cf. 2 R 20,1 ss.; Is 38,1 ss.). Diré solo esto: después de que el Señor le anunció por adelantado el fin de su vida y el día de su muerte, mereció con una sola oración que se prolongase por quince años ese límite. El sol retrocedió los diez grados que ya antes había iluminado, camino a su ocaso. Esos grados, que por su alejamiento se habían quedado en la sombra, volvieron a iluminarse con su retorno. Así se duplicó el día sobre toda la tierra, milagro inaudito y contrario a las leyes establecidas por la naturaleza (cf. 2 R 20,9 ss.; Is 38,8)¹⁷.

2. Después de signos tan grandes e increíbles, después de tan extraordinarios ejemplos de virtudes, escucha lo que relata la Escritura acerca de su caída, provocada por sus éxitos: *En aquellos días enfermó gravemente el rey Ezequías y oró al Señor, y lo escuchó y le dió una señal (2 Cro 32,24)*, es decir aquella que leímos acerca del retroceso del sol, contada por el profeta Isaías en el cuarto Libro de los Reyes. *Pero Ezequías no correspondió a los beneficios que había recibido, porque se ensoberbeció su corazón; por lo cual la ira vino sobre él y sobre Judá y Jerusalén. Mas, después de haberse ensoberbecido su corazón, se humilló él y los habitantes de Jerusalén, y por eso no vino la ira del Señor sobre ellos en los días de Ezequías (2 Cro 32,25 s.)*.

3. ¡Qué peligrosa, qué grave es la enfermedad del orgullo! Tanta justicia, tantas virtudes, tanta fe y devoción, que merecieron cambiar la misma naturaleza y las leyes de todo el mundo, se perdieron por un acto de orgullo. Así, dejando de lado todas sus virtudes, como si no hubieran existido, habría sufrido de inmediato la ira del Señor, si no lo hubiera aplacado por una renovada humildad. El que, llevado por el orgullo, cayó de tan excelsa cumbre de méritos, no pudo subir de nuevo a la cima perdida sino por los mismos grados de humildad. ¿Quieres considerar otro ejemplo de una caída similar?» (XI,10).

“Así, pues, se comprueba claramente por los ejemplos y testimonios de las Escrituras que la soberbia, aunque sea el último de los vicios en el orden de combate, sin embargo por su origen es el primero de todos los pecados y el principio de todos los crímenes. Ella no destruye solamente, como los otros vicios, la virtud contraria -en este caso la humildad-, sino que mata al mismo tiempo todas las demás virtudes y no tienta solo a los mediocres y débiles, sino sobre todo a los que están en la cumbre de la fortaleza. Por ello el profeta menciona el espíritu de orgullo en estos términos: *Y sus manjares son suculentos (Ha 1,16[LXX])*” (XII,6).

«Por esto, si queremos que el coronamiento de nuestro edificio sea perfecto y agradable a Dios, esforcémonos en poner sus fundamentos no según el antojo de nuestra concupiscencia, sino según la estrechez de la disciplina evangélica. Estos fundamentos no pueden ser otros que el temor de Dios y la humildad, que proviene de la mansedumbre y de la simplicidad del corazón. Pero la humildad de ningún modo podrá conseguirse sin el desasimiento. Mientras no hayamos llegado al desprendimiento, no podremos alcanzar ni el bien de la obediencia, ni la fortaleza de la paciencia, ni la paz de la mansedumbre, ni la perfección de la caridad. Ahora bien, sin esto nuestro corazón de ningún modo podrá ser morada del Espíritu Santo, como lo dijo el Señor por el profeta: *¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el pacífico y humilde que tiembla ante mis palabras?*, o bien, según los ejemplares que expresan el texto hebreo auténtico: *¿Sobre quién reposará mi mirada sino sobre el pobre, sobre el de corazón contrito, que tiembla ante mis palabras?* (Is 66,2).

¹⁷ “Sobre el cuadrante de los relojes solares, la hora se indica por el avance de la sombra sobre una superficie escalonada, de modo semejante a las agujas de nuestros relojes actuales”.

Por esto, si el atleta de Cristo, que luchando el combate espiritual según las reglas (cf. *2 Tm* 2,5), desea ser coronado por el Señor, debe esforzarse por aniquilar esta bestia cruel, que es capaz de devorar todas las virtudes. Esté seguro de que, mientras habite en su corazón el orgullo, no podrá liberarse de ningún tipo de vicios, sino que perderá también por su veneno lo que parecía tener de virtud. No podremos de ninguna manera levantar en nuestra alma el edificio de las virtudes, si no colocamos primero en nuestro corazón los fundamentos de la verdadera humildad, que bien afirmados, pueden sostener lo más alto de la perfección y de la caridad. Como ya lo dijimos, manifestemos primero hacia nuestros hermanos la verdadera humildad con íntimo afecto del corazón, negándonos siempre a contristarlos o herirlos.

Esto no lo podremos realizar de modo alguno sin una verdadera renuncia que, afianzada en nosotros por el amor de Cristo, consiste en el despojamiento de todos los bienes y en el desasimiento. Luego deberemos aceptar, sin doblez y con sincero corazón, el yugo de la obediencia y el sometimiento, de modo que no habite en nosotros ningún deseo por encima de lo que manda el abad. Solo podrá ponerlo en práctica aquel que no solo se considera muerto a este mundo, sino también insensato y necio, realizando sin discutir todo lo que le mandan los ancianos, como cosas sagradas y que vienen de Dios.

Cuando nos hayamos afirmado en esta disposición, se producirá un estado de humildad verdaderamente apacible y estable, de modo que, considerándonos inferiores a todos, sufriremos con gran paciencia todo lo que nos fuere imputado, aunque sean cosas injuriosas, amargas o penosas, estimando que nos vienen de personas superiores a nosotros. Estas contrariedades no solo las toleraremos muy fácilmente, sino que las tendremos por pequeñas y sin ninguna importancia, si siempre guardamos presente en nuestro espíritu la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y de todos los santos, considerando que somos heridos por injurias tanto más leves, cuanto más lejos estamos de sus méritos y de su modo de vivir, y pensando que dentro de poco tiempo saldremos de este mundo y compartiremos con ellos sus bienes, en cuanto se acabe esta vida.

Esta consideración corta de raíz no solo el orgullo, sino en general todos los vicios.

Después de todo esto mantengamos firme ante Dios esta humildad, lo que llevaremos a buen término, si comprendemos que no podemos realizar nada, de lo que pertenece a la perfección de las virtudes, por nosotros mismos, sin su auxilio y su gracia. Más bien creamos sinceramente que el haber merecido comprender esto es, en verdad, un don de Dios»¹⁸ (XII,31-33).

Juan Casiano, Conferencias

“La verdadera discreción no se adquiere más que a cambio de una verdadera humildad. Y la primera prueba de ésta será que todo cuanto uno hace y piensa lo someta al juicio de los ancianos, de suerte que no se fíe para nada de su propio criterio, sino que en todas las cosas se conforme a sus decisiones para saber juzgar por bueno o malo lo que ellos hubieren juzgado por tal.

Esta disciplina no solamente le enseñará al principiante a andar derechamente por la senda de la discreción, sino que le hará adquirir una especie de inmunidad frente a los ardides y asechanzas del enemigo. En modo alguno podrá caer en la ilusión quien no se

¹⁸ «Se reconoce en estos caps. de conclusión un resumen del “sermón de toma de hábito” atribuido a *abba* Pinufio (Inst. IV,32-43)».

deje llevar de su propio criterio; antes bien, hace de los ejemplos de los mayores norma de su vida. Toda la astucia del demonio no prevalecerá contra la ignorancia de este hombre que no sabe encubrir por falsa vergüenza los pensamientos que nacen en su corazón, sino que se abandona sin más a la sabiduría de los ancianos, para saber si los debe admitir o rechazar.

No bien se ha manifestado un mal pensamiento, se desvanece al punto su ponzoña. Incluso antes de que la discreción haya dado su juicio sobre él, reprobándole, la horrible serpiente, a la cual esta declaración ha arrancado de su caverna tenebrosa, sacándole a la luz y poniendo de manifiesto su vergüenza, queda vencida y se bate en retirada. Y es que sus pérfidas sugerencias sólo nos dominan cuando permanecen ocultas en el fondo del corazón” (Conf. II,10).

“El medio de alcanzar fácilmente la ciencia de la verdadera discreción es, pues, seguir siempre las huellas de los ancianos. No tengamos la presunción de innovar nada ni remitirnos a nuestro propio criterio, sino sigamos siempre el camino que nos trazan sus enseñanzas y su vida santa. Esta sólida disciplina nos llevará a la perfecta discreción y nos pondrá también al abrigo de todas las emboscadas del enemigo.

Por lo demás, no hay vicio por donde le sea más fácil al demonio insinuarse en el monje y arrastrarle a la muerte que el desdén por los consejos de sus ancianos y la confianza en su propio juicio o en los puntos de vista personales.

Y ¡qué necesidad! Todas las artes, todas las profesiones inventadas por el genio humano, que, al fin y al cabo, sólo sirven para las comodidades de la existencia y quedan en el dominio de lo palpable y lo visible, reclaman necesariamente un maestro para ser bien conocidas. ¡Y esta disciplina invisible y escondida, que puede únicamente captar un corazón verdaderamente puro, en la que el error no ocasiona desgracias temporales que puedan remediarse fácilmente, sino la pérdida del alma y la muerte eterna, esta disciplina, repito, será la única en la cual podrá prescindirse de guía! ¡Qué locura!, repito. Porque es preciso convencerse de ello: no son meros enemigos visibles los que nos hostilizan, sino invisibles, y, además, enemigos sin piedad. Es un combate que hay que librar sin tregua, noche y día, y no ciertamente contra uno o dos adversarios, sino contra innumerables legiones; un combate, en fin, en que la suerte es tanto más temible cuanto más alevoso es el ataque y más encarnizada el rival. Por eso hemos de seguir con sumo empeño y cautela las huellas de los ancianos y darles a conocer los pensamientos que sobrevienen a nuestro corazón, descorriendo sin rebozo el velo con que la falsa vergüenza querría ocultarlos” (Conf. II,11).

Regla del Seudo Macario (fines del siglo V - comienzos del siglo VI)

“Nadie se juzgue a sí mismo más justo que otro, sino que cada uno se tenga en poco y se considere inferior a todos, *porque el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado*(Lc 14,11)” (cap. 3).

Seudo Basilio, Admonición a un hijo espiritual (siglo VI)

«X. Sobre la adquisición de la humildad

Hijo, aplícate ante todo a la humildad, que es la más sublime de todas las virtudes, para

poder ascender a la cima de la perfección, dado que las disposiciones justas no se cumplen sino por la humildad. Los esfuerzos de mucho tiempo son reducidos a nada por la soberbia. El varón humilde es semejante a Dios, y lo lleva en el templo de su pecho. El soberbio, que es aborrecible para Dios, es semejante al diablo. El humilde, aunque sea visto en vilísimo porte, sin embargo es glorioso por sus virtudes. Al soberbio, aunque se lo vea de aspecto hermoso y distinguido, sus obras lo manifiestan inútil, y por la boca, el gesto y el andar se conoce su soberbia, y su frivolidad se hace pública en sus palabras. Siempre desea ser alabado por los hombres, y busca hacerse un nombre con las virtudes a las que es ajeno. No tolera estar sujeto a nadie, pero siempre desea la primacía y trata de llegar al primer puesto, y lo que no puede obtener con sus méritos se apresura a conseguirlo con rodeos. Se pasea siempre hinchado como odre vacío y vano, y como una nave sin timonel, sacudida por las olas, así es llevado en todos sus actos. El humilde por el contrario desecha los honores terrenos, juzga ser el último entre todos los hombres. Así, aunque parece mediocre en su rostro, es visto como eminente delante de Dios, y cuando ha consumado todos los mandatos de Dios, dice: “Siervo inútil soy”, y afirma no haber hecho nada, y se apresura a callar todas las virtudes de su alma. Pero Dios divulga todas sus obras, manifiesta sus magníficos hechos, lo exaltará, lo hará glorioso, y en el tiempo de sus plegarias alcanzará lo que pide.

XV. Sobre la huida de la soberbia

Hijo, cuida de no encaramarte en la soberbia por la abstinencia de los alimentos, ni te hinches frente a los que no pueden alcanzar la magnitud de tu ayuno, ni llenes tu pecho de vicios cuando te vean ayunar de alimentos carnales. Pues es gran confusión para el alma, que cuando somete a sí la carne, ella misma esté sujeta a los vicios. ¿Qué aprovecha mortificar el vientre en las comidas y al mismo tiempo cargar el alma con las pasiones, vencer el amor de la carne y maquinan en el corazón estímulos de envidia? El varón continente en el cuerpo y en el alma se abstiene de las pasiones, porque de ambas substancias está formado el hombre. No es ninguna perfección ser sublime en la una y en la otra estar postrado, brillar la una y estar la otra ocupada por la oscuridad de los vicios. Pues el que desea ser casto en el cuerpo, debe perseverar casto en el espíritu, porque nada aprovechará ser casto en el cuerpo y corrupto en el espíritu. Si la ciudad estuviera defendida en una parte y en otra destruida, da entrada al enemigo. Y si la nave estuviera sólidamente unida, pero tuviera en sí una tabla perforada, llena de agua se hundiría en lo profundo. Pues el verdadero continente aparta todas las cosas que son vanas, y no sigue ninguna gloria humana, reprime el furor y la iracundia y execra la envidia. Prefiere soportar el perjuicio antes que romper el vínculo de la caridad; no difama con prontitud al prójimo, ni escucha al calumniador con gusto, desea apartarse siempre de los vicios y se estimula a sí mismo a las virtudes del alma.

XVI. Sobre la moderación en el hablar

Tú, hijo, muéstrate igual tanto cuando ayunas como cuando te abstienes de los alimentos, y contiene tu lengua de las palabras ilícitas. Aleja de ti toda blasfemia, no procedan de tu boca las palabras superfluas, porque hemos de dar razón a Dios también por las palabras ociosas en el día del juicio. No acostumbres tu lengua a maldecir, porque fue creada para bendecir y para alabar a Dios. En la asamblea, no hables de lo que ignoras, pero procedan de ti palabras oportunas cuando encuentres el tiempo adecuado, para que todos los oyentes te agradezcan. Tempera tu lengua de toda palabra vana, no sea que los que oyen, horrorizados se tapen sus oídos y sea para ti causa de turbación en presencia de todos. De lo que no te molesta, no discutas acremente, ni te habitúes a pésimas costumbres, porque la costumbre que es confirmada por el largo uso, no se elimina con pequeño esfuerzo.

XVII. Sobre la huida de la vana alegría

No te rías licenciosamente, porque es una insensatez el reír con estrépito, sino muestra la alegría del alma con una sonrisa. No bromees como un niño porque es una cosa que no le conviene al que se empeña en llegar a la perfección. Sé niño en la malicia y varón perfecto en el sentimiento. En algunas cosas muéstrate anciano, en otras, infante. Pues es de niños divertirse y de varones perfectos llorar. El llanto presente engendra la perfecta alegría, en cambio la broma relaja el alma y la vuelve negligente para los mandamientos de Dios. No puede traer a la memoria sus faltas, sino que olvidándolas no se mueve a penitencia, y así paulatinamente es privado de todos los bienes. Allí donde la risa y la broma fueren inmoderadas, no tiene entrada la compunción del corazón. Pero allí donde hubiere lágrimas, se enciende el fuego espiritual, que ilumina en lo escondido del alma y quema completamente todos los vicios. Entonces, el alma, ardiendo en avidez celestial se une al amor de Cristo y viviendo en la tierra, medita continuamente en lo celestial. Pisa los placeres del siglo y tiende hacia los premios futuros, y el cuidado del siglo no la separa del amor de Cristo sino que parece vivir entre los hombres como una especie de imagen, y toda su vida es como celestial. La muerte presente es para él dulce como la vida; y desea la muerte para estar con Cristo, a quien en vida llevara en el templo (de su cuerpo). Mira cuánta ganancia traen el llanto y las lágrimas, y cuánto perjuicio preparan la risa y la broma. Pues el que aquí se deleita riendo, después llorará amargamente; pero el que aquí llora, se alegrará más tarde. Nuestro Salvador llamó bienaventurados a los que lloran, y a los que ahora se alegran les dijo que llorarían en el juicio. No te deleiten pues la broma y la risa, sino el canto de los textos espirituales. No te disuelvan en risa las palabras vanas, sino salgan de ti las virtudes de los varones perfectos, y como en un espejo conforma tu vida y tus costumbres a las de ellos. Se le dice perfecto no al que lo es en la edad, sino al que es siempre perfecto en el sentimiento. Si eres de alma perfecta no te dañará la edad pueril, y si eres niño de sentimientos no te traicionará la edad senil. Así David, cuando era niño, tenía un corazón perfecto para con el Señor, y fue elegido rey; y Saúl, que era perfecto, en la ancianidad fue expulsado de la cumbre de la realeza porque tuvo en sí la perfecta malicia. Eran viejos los ancianos que intentaron violar a Susana, a los que Daniel todavía niño condenó, descubriendo sus crímenes. Jesús, entrando en Jerusalén, es alabado por los niños. Pues el árbol, aunque tenga muchos años, si no da fruto, se lo corta; sin embargo, si el retoño es fértil, se lo cultiva para que dé más fruto».

Regla del Maestro: capítulo X

Pregunta de los discípulos:

De la humildad de los hermanos: cómo debe ser, con qué medios se adquiere y cómo, una vez adquirida, se conserva.

Responde el Señor por el maestro:

¹La divina Escritura, hermanos, proclama: *Todo el que se enaltece será humillado; y todo el que se humilla será enaltecido* (Lc 14,11). ²Al decir esto, declara que toda exaltación es una especie de soberbia, ³de la que el profeta indica que se cuidaba, diciendo: Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros. Y prosigue diciendo: *No pretendo grandezas que superan mi capacidad* (Sal 130 [131],1). ⁴¿Qué, entonces? *Sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre* (Sal 130 [131],2).

⁵Por tanto, hermanos, si queremos alcanzar la cima de la suprema humildad y deseamos llegar velozmente a aquella celestial exaltación, a la que se asciende por la humildad de la presente vida, ⁶hemos de erigir con el movimiento ascendente de nuestros actos aquella escala que, erguida al cielo, en sueños se le apareció a Jacob, por la cual veía subir y bajar ángeles. ⁷Ciertamente no entendemos otra cosa en este bajar y subir, sino la comprobación de que por la exaltación se baja y por la humildad se sube. ⁸En cuanto a la escala misma erecta, es nuestra vida en el mundo que, humillado su corazón y su cabeza en este tiempo presente, eleve hasta el cielo su extremidad, la muerte, exaltada por el Señor. ⁹Los lados de esta escala estamos firmemente persuadidos ser nuestro cuerpo y nuestra alma: lados sobre los que la vocación divina dispuso diversos grados de humildad y disciplina que hemos de escalar.

¹⁰Así pues, el discípulo sube el primer grado de la humildad en la escala del cielo, si teniendo siempre ante los ojos el temor de Dios, evitare en todo momento olvidarlo, ¹¹y recordando todo lo que Dios tiene mandado, considera constantemente en su interior cómo el infierno abrasa por sus pecados a los que desprecian al Señor y la vida eterna que está preparada para los que le temen; ¹²y guardándose en todo momento de pecados y vicios, esto es, de los pensamientos, de la lengua, de las manos, de los pies y de la propia voluntad, sin olvidar los deseos de la carne, ¹³considere el discípulo que Dios le observa siempre y a todas horas desde el cielo, y que sus acciones están presentes en todo lugar a los ojos de la Divinidad, y que los ángeles le dan cuenta de ellas a diario.

¹⁴Esto es lo que nos demuestra el profeta al indicarnos que así es como Dios está siempre presente a nuestros pensamientos, diciendo: *Dios sondea el corazón y las entrañas* (Sal 7,10). ¹⁵Y también dice: *Sabe el Señor que los pensamientos del hombre son insustanciales* (Sal 93 [94],11). ¹⁶Y en otra parte dice: *De lejos penetras mis pensamientos* (Sal 138 [139],2). ¹⁷Y nuevamente dice: *Porque los pensamientos del hombre tendrán que alabarte* (Sal 75 [76],11: Vg.), ¹⁸y *el corazón del rey está en manos de Dios* (Pr 21,1: Vg.). ¹⁹Y para que el hermano útil se prevenga solícito contra sus malos pensamientos, hágase siempre en su corazón esta reflexión: *Entonces seré irreprensible en su presencia, cuando me guardare de toda culpa* (Sal 17 [18],24: Vg.).

²⁰Por lo que a las palabras de la lengua se refiere, comprobamos que Dios está siempre presente, al decirnos la voz del Señor por el profeta: *El que dice mentiras no durará en mi presencia* (Sal 100 [101],7). ²¹Y también el apóstol dice: *Darán cuenta de toda palabra vana* (cf. Mt 12,36); ²²porque *muerte y vida están en poder de la lengua* (Pr 18,21).

²³En el trabajo de nuestras manos comprobamos que Dios nos está siempre presente, al decirnos el profeta: *Tus ojos veían mis acciones* (Sal 138 [139],16).

²⁴En el caminar de nuestros pies comprobamos que Dios nos está siempre presente, al decirnos el profeta: *Sin culpa avancé y orienté mis pasos* (Sal 58 [59],5: Vg.). ²⁵Despierta, ven a mi encuentro, mira (Sal 58 [59],5). ²⁶Y prosigue: *¿Adonde iré lejos de tu aliento, adonde escaparé de tu mirada?* ²⁷*Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.* ²⁸*Si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar,* ²⁹*allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha* (Sal 138 [139],7-10).

³⁰Por lo que toca a la propia voluntad, de tal modo se nos prohíbe hacerla en presencia del Señor, que la Escritura nos dice: *Refrena tus deseos* (Si 18,30). ³¹Y también rogamos a Dios en la oración dominical que se haga en nosotros su voluntad. ³²Con razón aprendemos, pues, a no hacer nuestra voluntad, pues nos evitamos aquello que dice la Escritura: *Hay*

caminos que parecen derechos a los hombres, pero que van a parar a lo profundo del infierno (cf. *Pr* 16,25; 14,12; *Mt* 18,6). ³³Como también porque nos horroriza lo que se ha dicho de los negligentes: *Se han corrompido cometiendo execraciones* (*Sal* 13 [14],1).

³⁴En los deseos de la carne de tal modo hemos de creer que Dios nos está siempre presente, pues dice el profeta: *Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia* (*Sal* 37 [38],10). ³⁵Debemos, pues, evitar los malos deseos, porque la muerte está apostada en el umbral del deleite. ³⁶Por eso la Escritura nos ordena: *No sigas tus caprichos* (*Sl* 18,30).

³⁷Luego si los ojos del Señor están vigilando a buenos y malos (*Pr* 15,3), ³⁸y el Señor observa siempre desde el cielo a los hijos de Adán, para ver si hay alguno sensato que busque a Dios (*Sal* 13 [14],2); ³⁹y si nuestros ángeles custodios, a diario, noche y día, informan al Señor del resultado de nuestra gestión, ⁴⁰hemos de estar precavidos, hermanos, en todo momento, no sea que -como dice el profeta en el salmo 13- nos vea el Señor alguna vez inclinados al mal y hechos inútiles (cf. *Sal* 13 [14],3; Vg.), ⁴¹y transigiendo por ahora, porque es piadoso y espera que nos hagamos mejores, nos diga en el juicio futuro: *Esto hiciste, y callé* (*Sal* 49 [50],21; Vg.).

⁴²Seguidamente, el discípulo sube el segundo grado de la humildad en la escala celestial, si, no amando la propia voluntad, no se deleita en satisfacer sus deseos, ⁴³sino que imita con obras aquella voz del Señor que dice: *No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado* (*Jn* 6,38). ⁴⁴También dice una escritura: “El placer acarrea pena, la necesidad engendra corona” (*Passio Anastasiae* 17).

⁴⁵Seguidamente, el discípulo sube el tercer grado de la humildad en la escala del cielo, si, renunciando a su propio criterio, no opta por lo que no aprovecha, ⁴⁶pues dice la Escritura: *Hay caminos que parecen derechos a los hombres, pero que van a parar a lo profundo del infierno* (cf. *Pr* 16,15; 14,12; *Mt* 18,6); ⁴⁷y David dice también: *Se han corrompido cometiendo execraciones* (*Sal* 13 [14],1). ⁴⁸El apóstol a su vez afirma: “*Todo me está permitido*”. Sí, pero no todo aprovecha. *Todo me está permitido, pero yo no me dejaré dominar por nada* (*1 Co* 6,12). ⁴⁹Así que el discípulo no sólo evitará esto, sino que se someterá al superior con una obediencia sin límites, imitando al Señor de quien dice el apóstol: *Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte* (*Flp* 2,8). ⁵⁰También la voz del Señor alaba por esta misma obediencia al pueblo de los paganos, diciendo: *Así que me oyó, me obedeció* (*Sal* 17 [18],45; Vg.). ⁵¹Y el Señor nos demuestra que es a él a quien obedecemos en la persona del abad, cuando dice a nuestros doctores: *Quien a ustedes los escucha, a mí me escucha; quien a ustedes los rechaza, a mí me rechaza* (*Lc* 10,16).

⁵²Seguidamente, el discípulo sube el cuarto grado de la humildad en la escala celestial, si, en el ejercicio de esa misma obediencia, aun en las dificultades y contrariedades o incluso ante cualquier injuria que se le hiciere, en silencio, se abraza con la constancia de la paciencia, ⁵³y manteniéndose firme, no desmaye ni desista, pues dice la Escritura: *El que persevera hasta el final, se salvará* (*Mt* 10,22). ⁵⁴Y el profeta nos exhorta también sobre el particular diciendo: *Ten ánimo, espera en el Señor* (*Sal* 26 [27],14). ⁵⁵Y para demostrar que el siervo fiel debe soportarlo todo por el Señor, incluso las contradicciones, dice el profeta en persona de los que sufren: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza* (*Sal* 43 [44],23; *Rm* 8,36). ⁵⁶Y seguros con la esperanza en la divina retribución, prosiguen gozosos diciendo: *Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado* (*Rm* 8,37). ⁵⁷Y también, en otro lugar, la Escritura pone en su boca estas palabras: *Oh Dios, nos pusiste a prueba, nos refinaste como refinan la plata, nos empujaste a la trampa; nos echaste a cuestras un fardo* (*Sal* 65 [66],10-11). ⁵⁸Y para indicar que debemos estar bajo un prior, prosigue diciendo: *Nos pusiste bajo el yugo de*

hombres (Sal 65 [66],12: Vg.). ⁵⁹Más aún: cumpliendo por la paciencia en las adversidades e injurias el precepto del Señor -*abofeteados en una mejilla ofrecen la otra, al que les quita la túnica, le dan también la capa, requisados para un kilómetro, van dos* (cf. Mt 5,39-41)-, ⁶⁰soportan con el apóstol Pablo a los falsos hermanos (cf. 2 Co 11,26), sufren persecución y bendicen más bien a los que les maldicen (cf. 1 Co 4,12).

⁶¹Seguidamente, el discípulo sube el quinto grado de la humildad en la escala del cielo, si manifestare a su abad, mediante una humilde confesión oral, todos los malos pensamientos que sobrevinieren a su corazón y el mal ocultamente cometido. ⁶²La Escritura nos exhorta a ello cuando dice: *Encomienda tu camino al Señor y confía en él* (Sal 36 [37],5).

⁶³Y también dice: *Confíesense al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia* (Sal 105 [106],1: Vg.). ⁶⁴Y de nuevo el profeta dice al Señor: *Había pecado, lo reconocí; no te encubrí mi delito; ⁶⁵propuse: Confesaré al Señor mi culpa, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado* (Sal 31 [32],5).

⁶⁶Seguidamente, el discípulo sube el sexto grado de la humildad en la escala del cielo, si se contenta con lo que hubiere de más vil y abyecto, y se considera como operario malo e indigno para cuanto se le ofreciere, ⁶⁷diciéndose con el profeta: *Yo era un necio y un ignorante, yo era un animal ante ti, pero yo siempre estaré contigo* (Sal 72 [73],22-23).

⁶⁸Seguidamente, el discípulo sube el séptimo grado de la humildad en la escala del cielo, si no sólo proclamare de palabra que es inferior y el más vil de todos, sino que así lo creyere además en el fondo de su corazón, ⁶⁹humillándose y diciendo: *Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo* (Sal 21 [22],7); ⁷⁰fui exaltado, humillado y confundido (Sal 87 [88],16: Vg.). ⁷¹Y el hermano así dispuesto, diga también sin cesar al Señor: *Me estuvo bien, Señor, el sufrir, así aprendí tus mandatos* (Sal 118 [119],71. 73).

⁷²Seguidamente, el discípulo sube el octavo grado de la humildad en la escala del cielo, si nada hiciere sino lo que persuade la regla común del monasterio y el ejemplo de los mayores, ⁷³diciendo con la Escritura: *Y mis delicias serán tu voluntad* (Sal 118 [119],77); ⁷⁴y cuando *pregunta a su padre, se lo contará; a sus ancianos, y se lo dirán* (Dt 32,7), esto es, el abad por medio de su doctrina.

⁷⁵Seguidamente, el discípulo sube el nono grado de la humildad en la escala del cielo, si controlare su lengua y manteniéndose fiel a la ley del silencio, no hablare hasta ser interrogado, ⁷⁶demostrándonos la Escritura que *en el mucho charlar no faltará el pecado* (Pr 10,19), ⁷⁷y que *el deslenguado no se afirma en la tierra* (Sal 139 [140],12).

⁷⁸Seguidamente, el discípulo sube el décimo grado de la humildad en la escala del cielo, si no fuere fácil y pronto en el reír, porque escrito está: *El necio ríe sonoramente* (Si 21,23), ⁷⁹y *el jolgorio del hombre es como crepitar de zarzas bajo la olla* (Qo 7,7).

⁸⁰Seguidamente, el discípulo sube el undécimo grado de la humildad en la escala del cielo, si, al hablar, lo hiciere con suavidad y sin risa, humildemente y con gravedad, diciendo pocas pero sensatas palabras, y sin levantar la voz; ⁸¹como está escrito: “El sabio se da a conocer por la sobriedad en las palabras” (Sexto, *Enchiridion* 145).

⁸²Seguidamente, el discípulo sube el duodécimo grado de la humildad en la escala del cielo, si posee la humildad no ya tan sólo en el corazón, sino que en su mismo cuerpo la

manifiesta siempre a cuantos lo ven; ⁸³es decir, que en la obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en la huerta, de viaje, en el campo o donde quiera que esté, bien sea sentado, paseando o de pie, tenga siempre la cabeza inclinada, fijos los ojos en tierra; ⁸⁴y juzgándose en todo momento reo por sus pecados, piense hallarse ya en el tremendo juicio, ⁸⁵repitiéndose constantemente en el corazón lo que dijo el publicano, de pie ante el templo, con los ojos fijos en tierra: “Señor, no soy digno yo pecador de levantar los ojos al cielo” (cf. *Lc 18,3; Mt 8,8*). ⁸⁶Y el discípulo de este temple dirá también con el profeta: *Estoy agotado, deshecho del todo (Sal 37 [38],9)*.

⁸⁷Escalados, pues, todos estos grados de la humildad por el discípulo, dará felizmente por concluida, en el temor de Dios, la escala de la presente vida, ⁸⁸y llegará rápidamente a aquel amor del Señor que, *siendo perfecto, expulsa el temor (1 Jn 4,18)*. ⁸⁹Gracias a él, todo lo que antes observaba no sin recelo, comenzará a guardarlo sin esfuerzo alguno, como naturalmente, en fuerza de la costumbre: ⁹⁰no ya por temor de la *gehenna*, sino por amor a Cristo, por la misma costumbre del bien y por el atractivo de las virtudes. ⁹¹Lo cual se dignará el Señor manifestar en su obrero purificado ya de vicios y pecados por el Espíritu santo.

⁹²No cabe duda de que un alma semejante, una vez culminada la ascensión de estos grados y después de su salida de esta vida, entrará en posesión de aquella retribución del Señor, de que nos habla el apóstol, cuando dice: *Los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá (Rm 8,18)*. ⁹³Tales almas recibirán aquella vida eterna, que permanece en la exultación de una alegría sempiterna y ya no tendrá fin. ⁹⁴En ella se da el florón purpúreo de rosas que jamás se marchitan; ⁹⁵en ella se ven bosques esmaltados de flores, constantemente engalanados de un verdor primaveral. ⁹⁶Allí prados siempre frescos, surcados de melifluos arroyuelos; ⁹⁷allí las praderas perfuman el aire con perfume de flor de azafrán y los campos exhalan los muy exquisitos aromas de que están pletóricos. ⁹⁸Allá las narices aspiran auras portadoras de vida eterna; ⁹⁹allá la luz carece de sombra, reina una serenidad sin asomo de nubes, y los ojos disfrutan de un día perpetuo sin tinieblas nocturnas. ¹⁰⁰Ninguna ocupación viene allí a impedir las delicias; ¹⁰¹ninguna preocupación viene allí a turbar en absoluto la tranquilidad. ¹⁰²Nunca allí se oyeron o se nombraron los mugidos, los aullidos, los gemidos, los lamentos y el luto; ¹⁰³amás se vio allí nada feo, deforme, horrible, tenebroso, nada horrendo o sórdido. ¹⁰⁴La pulcritud reina en la amenidad de los bosques, la diafanidad en un aire agradable, los ojos, constantemente abiertos, se emborrachan de hermosura y de todo tipo de elegancia, ¹⁰⁵y los oídos no oyen absolutamente nada que perturbe la mente. ¹⁰⁶Resuenan allí continuamente instrumentos musicales acompañando los himnos que, los ángeles y arcángeles cantan en alabanza del rey. ¹⁰⁷Allí no hay lugar para la amargura o la biliosa acritud. ¹⁰⁸Nunca allí se oyeron truenos; rayos y relámpagos jamás aparecieron por allí. ¹⁰⁹Allá las zarzas producen cinamono y de los arbustos brota el bálsamo. ¹¹⁰E1 aroma del aire esparce fragancias por todos los miembros. ¹¹¹Allí la comida no genera excrementos. ¹¹²En efecto, así como los oídos se refocilan con las buenas noticias, las narices con un buen perfume y los ojos con un espléndido espectáculo, y este tipo de alimentos no está sujeto al proceso digestivo, ¹¹³pues la saciedad del amor no consiste en comida y bebida, sino en la visión, la olfacción y la audición, ¹¹⁴así también allí en la refección que entrare por la boca, dulce al gusto como la miel, cada cual percibe en su paladar el sabor que le es más apetecible (cf. *Sb 16,20-21*). ¹¹⁵Finalmente, todo lo que el alma codiciare, la ejecución lo pone inmediatamente al servicio de su deseo. ¹¹⁶Ahora bien: en esta delectación o alegría, ni la edad ve con recelo la vejez, ni la vida teme el ocaso, ni las delicias temen en lo sucesivo la amenaza de la muerte. ¹¹⁷En el disfrute de estas perennes riquezas, ni desaparece el que está en posesión de ellas, ni el heredero le sucede, puesto que desconocen la muerte quienes, muriendo una vez, compraron la vida eterna al precio de sus obras.

¹¹⁸Tal es la patria celestial de los santos. ¹¹⁹Dichosos los que consiguieren elevarse hasta esta región perenne mediante la escala de la observancia del tiempo presente, subiendo los grados de la humildad, ¹²⁰para alegrarse con Dios en esta perpetua exultación, *que Dios ha preparado para los que le aman (1 Co 2,9)*, ¹²¹*guardan sus mandatos (Ap 12,17)* ¹²²*y son limpios de corazón (Mt 5,8)*.

¹²³TERMINAN LOS ACTOS DE LA MILICIA DEL CORAZÓN: CÓMO HUIR DEL PECADO POR TEMOR A DIOS.

Comentario al capítulo séptimo del P. Terrence Kardong, *osb*¹⁹

«Con el capítulo 7 de la RB llegamos al final de la primera parte de la *Regla*, a la que De Vogüé llama “el directorio espiritual”. La extensión misma del capítulo, setenta versículos - el texto más largo en la RB-, es una señal de que Benito lo considera muy importante. La humildad es la rúbrica bajo la cual Benito, siguiendo al Maestro, reúne algunas de sus ideas más importantes sobre la vida cristiana y monástica. La RB, caps. 1-7, sobre todo ve las cosas desde el punto de vista del individuo, pero RB 7 también presenta algunas preocupaciones comunitarias.

Antecedentes literarios: Casiano, Instituciones 4,39, y RM 10

RB 7 tiene un trasfondo literario rico y complejo. Es una copia muy cercana de RM 10. Pero detrás de ese texto hay un pasaje de Casiano, quien a su vez, afirma que reproduce un sermón de profesión monástica del *abba* egipcio Pinufio. De modo que estamos ante cuatro estratos de material.

El sermón de Pinufio le dice al novicio cómo avanzar hacia la “perfección” en la virtud. El comienzo de ese proceso es el “temor del Señor”. Una vez que este ha sido alcanzado, el progreso puede empezar; progreso que se puede medir, en cierta medida, por algunos signos (*indices*). Diez de estos signos son mencionados, con la sugerencia de que son una secuencia. Pero la serie de Casiano es a menudo una simple reunión de temas al azar, cuyos vínculos lógicos no resisten un examen riguroso. En cualquier caso, la culminación del proceso es el amor, “que no conoce el temor”.

Una de las ventajas de localizar el trasfondo que proviene de Casiano es que nos libera de caer atrapados en los detalles. Casiano en realidad no nos proporciona un cuidadoso paso a paso del programa de ascensión espiritual. Lo que nos dice es que sólo podremos llegar a nuestra meta espiritual a través de la humildad, y esta humildad es esencialmente una muerte a sí mismo. En el lenguaje de la espiritualidad moderna podríamos llamarlo “reducción del ego” (*ego-reduction*).

RM 10, ha ampliado y enriquecido notablemente *Instituciones* 4,39. Aunque el plan básico es el mismo, algunas partes del mismo han recibido un considerable desarrollo. Puesto que Benito sigue muy de cerca RM, vamos a presentarla un poco más detalladamente.

En primer lugar, el Maestro transforma los signos más suaves y abstractos de Casiano en la imagen concreta de una escalera al cielo. Esta escala se utiliza también como un símbolo de la persona humana, cuyas dos partes son el cuerpo y el alma. Al principio pareciera que el Maestro tratara de presentar el ascenso de la humildad en términos de las partes del cuerpo (RM 10,1-41), pero luego renuncia a tal proyecto, o al menos vuelve a comenzar con la lista de Casiano.

Debido a que RM utiliza un modelo de progresión definida, la escalera, se podría tener la impresión de que ahora tenemos una secuencia de escalones más clara (*gradus*) que llevan el uno al otro. Es cierto que la RM reordena algunos de los “signos” de Casiano, presumiblemente con algún propósito en mente. Sin embargo, la serie no tiene una lógica

¹⁹ *Together Unto Life Everlasting. An Introduction to the Rule of Benedict*, Richardton (North Dakota, USA), Assumption Abbey Press, ³1986, pp. 60-68.

más evidente que la lista de Casiano. De hecho, la RM ha añadido un grado doce, e incluye el temor del Señor. Esto tiende a socavar la progresión sugerida desde el temor, a través de la humildad, al amor²⁰.

Las modificaciones de Benito

Benito está claramente trabajando aquí con un tratado tradicional, por lo que no deberíamos sorprendernos de que se abstenga de modificar drásticamente. El hecho de que mantenga alrededor del 85% del material del Maestro, frente al 10% en RB 6, muestra su reverencia por RM 10. La única omisión significativa de Benito es un largo pasaje que describe los deleites físicos del cielo (RM 10,92-122). Como lo hizo en RB 4, Benito prefiere concluir con el concepto de amor, no con el del cielo. Una meta terrenal sustituye a una escatológica.

RB 7, también modifica en cierta medida el concepto de amor. Tanto Casiano como RM (10,90) hablan de “amor por lo bueno en sí mismo” (*amore boni ipsius*). Benito cambia esto por: “amor de Cristo”. Puede ser que lo haga para mostrar claramente que está menos interesado en una técnica para alcanzar la “perfección”, que en el crecimiento en la vida misma de Cristo, como un medio para el mismo fin, es decir, el amor de Cristo. La lista de los *indices* de Casiano no menciona a Cristo. RM 10, es mucho más específicamente cristiana. Benito quiere asegurarse que las cosas se mantienen en una perspectiva cristiana. Hay otras modificaciones menores, tales como la omisión por parte de Benito de “los pecados de los pies” (*Rm 10,24*). No hay duda que RB duda en conducir la metáfora del cuerpo hasta semejantes absurdos. Pero, en general, RB 7 es una copia fiel de la RM 10.

En lugar de examinar cada grado de humildad por separado, nos centraremos en sólo dos de ellos. No hay peligro de perder algo esencial, ya que no todos los grados son de igual importancia y muchos de ellos son repeticiones. Por ejemplo, los grados noveno al undécimo, son todos aspectos del silencio, que ya se ha tratado. Los grados dos al cuatro se ocupan de la obediencia. Esto demuestra que la tríada clásica de los valores monásticos está interconectada. Esto también puede sugerir que todos ellos son expresiones de una idea fundamental. Puesto que RB 7 parece ser un capítulo muy desarrollado, debemos esperar que se encuentren en él los grandes temas de la espiritualidad monástica.

Dos dificultades modernas

Antes de discutir los temas principales, hay que notar que uno de los problemas que los lectores modernos encuentran en este capítulo es su énfasis, casi chocante, en los gestos externos de humildad. Así, RB 7,63: “En cualquier lugar, ya esté sentado o andando o parado, esté siempre con la cabeza inclinada y la mirada fija en tierra”. Podemos decir que estas son manifestaciones de humildad condicionadas por una determinada cultura, y no necesariamente adecuadas a cualquier situación. El grado séptimo parece más importante: que la humildad se encuentre en el corazón, no sólo en la boca. Sin embargo, el duodécimo grado tiene su propio mensaje: la humildad interior se manifestará en la conducta. Si no es así, se produce un extraño dualismo. Y por tanto la concreción de este capítulo muestra que la vida monástica es un estilo de vida configurado por una actitud.

²⁰ Para un análisis literario completo, cf. A. de Vogüé, *Règle*, IV, pp. 281-338.

Un problema más serio para un monje contemporáneo, al encontrarse con RB 7, es que parece dejar poco espacio para la creatividad y la búsqueda vigorosa de la verdad²¹. El mensaje general parece ser que si uno simplemente se abstiene de la auto-afirmación, de alguna forma la perfección monástica se alcanzará. Sin duda hay mucho material aquí para esa interpretación, pero se apoya en, al menos, dos premisas incorrectas. La primera es que el escritor esté hablando a un joven, sin experiencia en la vida. Pero estas personas no tienen un ego real para dejar a un lado. El texto en realidad está dirigido a la persona que ha llegado a la plena posesión de sí mismo, y la encontró deficiente. Sólo éste puede embarcarse en un arriesgado viaje de reducción del ego. En segundo lugar, toda la discusión está ligada a puntos de vista estrictamente teológicos de la vida humana. Para entenderlos, hay que mirar un par de nociones básicas, que son fundamentales en el entero directorio espiritual de RB 1-7.

El temor del señor

El primer grado de humildad, y la condición preliminar de Casiano, es el temor del Señor. Esta noción, con sus intimaciones de temor servil, no es inmediatamente atractiva para nosotros; y, de hecho, Casiano la presenta como una condición para ser eventualmente superada. Cita *1 Juan 4,18: El amor echa fuera el temor*. RM-RB siguen esta línea sustituyendo el temor con el amor al final de los escalones de humildad. Benito también ha añadido este concepto al final de su *Prólogo*, donde explica que un régimen más estricto será necesario en un primer momento, hasta que el corazón del monje crezca en el amor (*Prólogo 46-49*).

Sin duda, hay un sentido en el que el “temor” a algo o a alguien es una condición indeseable. Nosotros preferiríamos no vivir en un mundo donde hay cosas que temer, y no nos gusta la idea de un Dios temible. Sin embargo, la fe cristiana nos dice que *hay* elementos temibles del mundo, elementos de pecado. La condición humana es la de ser pecadora y nadie puede evitar esto. Cualquiera que desee convertirse en un buen monje primero debe aceptar la dura realidad: Yo soy un pecador.

Es cierto que somos pecadores perdonados, salvados por la sangre de Jesús derramada en la cruz, pero seguimos siendo *bona fide* pecadores. Compartimos “el pecado del mundo”, y formamos parte de las estructuras del mal que los seres humanos levantan unos contra otros. Hemos vuelto activamente la espalda a Dios en varias formas específicas. Podemos enumerar nuestros pecados. Y, por último, somos capaces de maldades indescriptibles, como se muestra por las cosas horribles que nosotros, buenas personas, podemos hacer. Esto, entonces, es lo que somos, “para empezar”.

Memoria y olvido

La respuesta más fácil a nuestro pecado es no pensar en ello. Si podemos mantener nuestras mentes en otra cosa, no tenemos que lidiar con él. Si llenamos nuestra vida con suficiente distracción, podemos convenientemente borrar nuestra condición real y perpetuar esta situación. Benito llama a esto *oblivio*, y a la condición contraria *memoria*: “El primer grado de humildad consiste en que uno tenga siempre delante de los ojos el

²¹ Ver Hilary COSTELLO, “Spirituality of RSB and Modern Spirituality Contrasted”, *Cistercian Studies* XV (1980), pp. 181-201.

temor de Dios, y nunca lo olvide. Recuerde, pues, continuamente todo lo que Dios ha mandado” (RB 7,10-11).

Esta clara conciencia de la dura verdad sobre uno mismo debía expresarse, según los antiguos monjes, en “lágrimas y gemidos” (RB 4,57). También fue vista como una actitud incompatible con la risa desenfrenada (RB 7,59). Nuestra época respeta el humor y desprecia a las lágrimas. Esto es de nuevo una cuestión cultural. Ciertamente, Benito no aboga por una depresión emocional permanente. La alegría es un fruto importante del monacato cristiano, y es suficientemente apreciada por san Benito²². Pero no hay lugar en el sistema de Benito para un estilo de vida basado en el olvido.

Si el lado subjetivo del “temor del Señor” es la conciencia continua de la insuficiencia personal, esto, sin embargo, no es lo principal. El “temor” que experimentamos en lo que respecta a nosotros mismos es ante todo un reflejo de nuestra reacción ante Dios. Para la Biblia, el temor del Señor (*timor Dei*) es ante todo reverencia y temor frente a la Divinidad. Es sólo a causa de nuestro encuentro con el Dios viviente que nos volvemos conscientes de nuestro pecado. Ante el Creador, la criatura llega a comprender su verdadera condición.

En los grados de humildad, Benito le da mucha importancia al hecho de que el monje vive cada momento en la presencia de Dios. Este Dios no es una presencia particularmente reconfortante, porque lo ve todo, cual justo Juez que “*escudriña los corazones y los riñones* (Sal 7,10; RB 7,14). Para tener continuamente conciencia de este Dios es que Benito propone el temor religioso, particular experiencia humana que Rudolf Otto llama “fascinación y terror”²³. Si el monje vive en la casa de Dios, entonces debemos admitir que esta casa no es un cómodo refugio, sino el augusto tribunal del Único Santo. RB 7,64, dice que ya estamos “en el tremendo juicio”.

Imitando la humildad y la obediencia de Cristo

Una cosa es entender intelectualmente que Dios es Dios y que nosotros no lo somos, y aceptar la idea de que somos pecadores necesitados de salvación. Pero otra cosa es integrar ese conocimiento en nuestras vidas, que sea parte nuestra. El temor del Señor puede ser el principio de la sabiduría, pero es una sabiduría que no se aprende de una vez. La humildad es el proceso mediante el cual se interioriza dicha sabiduría. Cuando el proceso se haya completado, encontraremos que el temor se ha transformado en amor.

Si los grados de la humildad son lecciones de nuestra condición de criaturas, entonces parecería que hay innumerables formas para convencernos de ello. Cualquier programa ascético debe apuntar a mostrarnos algo sobre nuestros límites. Pero la humildad cristiana, en la presentación de la RM-RB, no es primariamente un programa de ascesis. Es más bien una participación en la humildad de Cristo mismo. Y aquí es donde se une al misterio cristiano.

Tal vez, el texto en el que así se presenta de forma inequívoca es RB 7,34: “El tercer grado de humildad consiste en que uno, por amor de Dios, se someta al superior en cualquier obediencia, imitando al Señor de quien dice el Apóstol: *Se hizo obediente hasta la muerte*

²² Cf. el índice temático de *RB 1980*, bajo el término *Joy*. I. HAUSHERR ha presentado la antigua valoración del concepto monástico de las lágrimas en su clásico libro: *Penthos*, Roma 1944 (reimpresión Kalamazoo, MI, 1982).

²³ El reflejo de este encuentro con el creador es una profunda toma de conciencia de nuestra “creaturalidad”; cf. R. OTTO, *The idea of the Holy*, London 1923.

(Flp 2,8)”. Resulta entonces claro que nuestro modelo es Dios mismo, que se encarnó en Jesús. En consecuencia, debemos entender la humildad de Jesús a fin de conocer a qué estamos llamados.

En los grados dos, tres y cuatro, Benito habla de la humildad como obediencia. La obediencia de Jesús se pone como modelo: “*No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*” (Jn 6,38)²⁴. Este texto también es citado en RB 5, pero dejamos de lado el comentario hasta ahora. La *Regla* extrae del versículo de Juan un significado más bien limitado: desconfianza de la propia voluntad y obediencia a las órdenes de la autoridad. No se debe ocultar el hecho de que esto será a veces un intercambio de lo más desagradable, proporcionando muchos motivos para la humildad. De hecho, el grado cuatro nos asegura que nos encontraremos con la injusticia de la autoridad, pero que esto debe ser pacientemente soportado.

Hay que tener en cuenta que este modelo de obediencia es muy diferente desde otra visión; a saber, que nosotros obedecemos al abad como representante de Cristo. En ese sistema, nosotros obedecemos porque lo que se nos manda es justo. Ahora se nos dice que debemos obedecer sea justo o no. De hecho, si el contenido de la obediencia *no* es injusto, entonces ¿cómo puede ser descrito como sufrimiento o soportar con paciencia? En lugar de desenmarañar este enredo aparente de dos ideas, es mejor concentrarse en la obediencia de Cristo.

Compartir los sufrimientos de Cristo soportando pacientemente

Tal como se presenta en los Evangelios, la obediencia de Jesús, obviamente, no termina en la cruz porque el Padre fuese injusto. Debemos ver la obediencia de Jesús, en términos generales, en el sentido de que su misión era obrar hacia los demás como el Padre obra; es decir, por misericordia. Sin embargo, esto lo condujo a su muerte. El Padre no “mandó” a Jesús a la muerte. No, la forma en que Jesús vivió terminó en el asesinato, porque el pecado no puede soportar la presencia del Amor. Dado el poder del mal que obra en el mundo, era inevitable que Jesús fuese suprimido. La experiencia de vida podía predecir eso. Lo que no podía predecir era que el Padre resucitase a Jesús de entre los muertos, señalando así el triunfo del amor sobre el mal.

Para el monje compartir esto, el aspecto más profundo de la vida terrenal de Jesús, no es algo que lo diferencie realmente de cualquier otro cristiano. Que los monjes hagan voto de obediencia es algo que se impone. De hecho, cada ser humano está involucrado en la obediencia, simplemente por ser parte de una comunidad. Tan pronto como formamos parte de algún pacto con otros, ya sea matrimonio o negocios o política, ya no podemos vivir según nuestra propia voluntad. Es dudoso que los monjes deban ser alentados a pensar en su propia obediencia como en un “martirio”. Benito ha bajado algo el tono del lenguaje de la RM, en este sentido; pero algo queda, por ejemplo, RB 7,33.

Lo que el monje tiene que aprender es realmente lo que todo cristiano tiene que aprender: la lección que Cristo enseñó al mundo. La muerte de Cristo fue el resultado de su negativa a ser disuadido de realizar obras de amor. En un mundo de pecado, esto siempre nos pone

²⁴ Una buena descripción de la relación de la obediencia según Cristo respecto de otras teorías monásticas de la obediencia se encuentra en A. de VOGÜÉ, *Community and Abbot*, Kalamazoo, MI, 1978, pp. 224-241.

cara a cara con muerte²⁵. Para la mayoría de nosotros, el mayor obstáculo que encontramos es nuestro monumental egoísmo. Incluso después de una explosión de entusiasmo heroico de entrega de sí mismo, los viejos ego se reafirman y tratan de arrastrarnos hacia abajo. Si algo caracteriza a la vida cenobítica, es la paciencia que se mantiene obstinadamente en el duro camino de la humildad.

Por último, es importante tener en cuenta la convicción cristiana básica de que la cruz de Cristo, aunque es algo que debemos tomar y llevar nosotros mismos, es aún más fundamentalmente una realidad que *nos salva*. Si la humildad es el proceso por el cual somos purificados y preparados para el amor, entonces sólo Dios puede lograrlo».

Evaluación para el capítulo siete:

¿Qué significa *el temor del Señor* en la Biblia? Y cuál es su significado en el primer grado de RB 7. Hacer una comparación, lo más detalladamente posible, entre el concepto bíblico y lo que enseña la RB.

Presentar un cuadro comparativo entre las *Instituciones* de Juan Casiano, la RM y la RB, mostrando los textos en que hay correspondencias entre los tres textos.

²⁵ James DOUGLASS, *Non-Violent Cross*, New York 1966, fue una gran influencia en la formación de mi propia visión de Jesús como un no violento que resistió al mal. Cf. especialmente pp. 48-81.

Apéndice I

San Bernardo de Claraval (+ 1153): Libro sobre los grados de humildad y soberbia

Prefacio

Me pediste, hermano Godofredo, que te pusiese por escrito y con relativa extensión lo que prediqué a los hermanos sobre los grados de humildad. He intentado satisfacer tu ruego como se merece (cf. *Mc 15,15*), aunque con temor de no poder realizarlo. Te confieso que nunca se apartaba de mi mente el consejo del Evangelio. No me atrevía a comenzar sin detenerme a pensar si contaba con medios para llevarlo a cabo (cf. *Lc 14,28*).

Y cuando la caridad ya había arrojado lejos este temor (cf. *1 Jn 4,18*) de no poder rematar la obra (cf. *Lc 6,14. 30*), me invadió otro de signo contrario. En caso de terminar, me acecharía el peligro de la vanagloria, peligro mucho más grave que el mismo desprecio de no acabarlo. Por eso, entre el temor y la caridad, como perplejo ante dos caminos, estuve dudando largo tiempo sobre cuál de ellos debería tomar. Me temía que, si hablaba útilmente de humildad, podría dar la sensación de no ser humilde; y que, si callaba por humildad, podría ser tachado de inútil.

No me fiaba de ninguno de estos dos caminos, pero me veía obligado a tomar uno. Me pareció mejor compartir contigo el fruto de mis palabras que permanecer seguro, yo solo, en el puerto de mi silencio. Confío que, si por casualidad digo algo que te agrade, tu oración conseguirá que no me envanezca de ello. Y si, por el contrario -lo que parece más normal-, no llego a redactar algo digno de tu talento, entonces ya no tendré motivo alguno par caer en la soberbia.

El fin al que conducen los grados ascendentes de la humildad

Hablaré de los grados de humildad que propone San Benito, no para enumerarlos, sino para subirlos. Pero antes quiero mostrarte, si puedo, dónde nos llevan. De este modo, conocido de antemano el fruto que nos espera a la llegada, no nos abrumará el trabajo de la subida.

Cuando el Señor nos dice: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (*Jn 14,16*), nos presenta el esfuerzo del camino y el premio al esfuerzo (cf. *Mc 15,15*). A la humildad se le llama camino que lleva a la verdad. La humildad es el esfuerzo; la verdad, el premio al esfuerzo. ¿Cómo sé, dirás tú, que este pasaje se refiere a la humildad, siendo así que dijo de un modo indefinido: “Yo soy el camino”? Escúchalo más claramente: “*Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (*Mt 11,29*).

Se presenta a sí mismo como ejemplo de humildad y como modelo de mansedumbre. Si lo imitas, no andas en tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida (cf. *Jn 8,12*). Y ¿qué es la luz de la vida sino la verdad? La verdad ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cf. *Jn 1,9*); indica dónde está la vida verdadera. Po eso, al decir: “Yo soy el camino y la verdad”, añadió: “y la vida”. Como si dijera: Yo soy el camino, que llevo a la verdad; yo soy la verdad, que prometo la vida; yo soy la vida, y la doy; pues dice él mismo: “*Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*” (*Jn 17,3*).

Pero si tú dices: “Veo perfectamente el camino, la humildad; deseo el fruto, la verdad; mas, ¿qué haré si el esfuerzo del camino es tan pesado que no puedo llegar al premio deseado?”. Él te responde: “Yo soy la vida, el viático de donde sacarás energías para el camino.

El Señor clama a los extraviados y a quienes ignoran el camino: “Yo soy el camino”; a los que dudan y a quienes no creen: “Yo soy la verdad”; y a los que ya suben arrastrando su cansancio: “Yo soy la vida”. Me parece que en el pasaje propuesto queda suficientemente claro que el conocimiento de la verdad es fruto de la humildad.

Fíjate además en estos textos: “*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas -sin duda haciendo referencia a los secretos de la verdad- a los sabios y prudentes, esto es, a los soberbios-, y se las has revelado a los pequeños*” (Mt 11,25) , es decir, a los humildes. También aquí se inculca que la verdad se esconde a los soberbios y se revela a los humildes.

La humildad podría definirse así: es la virtud que incita al hombre a menospreciarse ante la clara luz de su propio conocimiento. Esta definición es muy adecuada para quienes se han decidido a progresar en el fondo del corazón. Avanzan de virtud en virtud, de grado en grado, hasta llegar a cima de la humildad. Allí, en actitud contemplativa, como en Sión, se embelesan en la verdad; porque se dice que el legislador dará su bendición (cf. *Sal 83 [84],6. 8*). El que promulgó la ley, dará también la bendición; el que ha exigido la humildad, llevará a la verdad.

¿Quién es este legislador? Es el Señor amable y recto que ha promulgado su ley para los que pierden el camino. Se descaminan todos los que abandonan la verdad. Y ¿van a quedar desamparados por un Señor tan amable? No. Precisamente es a éstos a los que el Señor, amable y recto, ofrece como ley el camino de la humildad. De esta forma podrán volver al conocimiento de la verdad. Les brinda la ocasión de reconquistar la salvación, porque es amable. Pero, ¡atención!, sin menoscabar la disciplina de la ley, porque es recto. Es amable, porque no se resigna a que se pierdan; es recto, porque no se le pasa el castigo merecido.

Esta ley, que nos orienta hacia la verdad, la promulgó san Benito en doce grados. Y como mediante los diez mandamientos de la ley y de la doble circuncisión (cf. *Ex 34,28; Gn 17,26*), que en total suman doce, se llega a Cristo, subidos estos doce grados se alcanzan la verdad.

El mismo hecho de la aparición del Señor en lo más alto de aquella escala que, como tipo de la humildad, se le presentó a Jacob (*Gn 28, 12*), ¿no indica acaso que el conocimiento de la verdad se sitúa en lo alto de humildad? El Señor es la verdad, que no puede engañarse ni engañar. Desde lo más alto de la escala estaba mirando a los hijos de los hombres para ver si había alguno sensato que buscara a Dios (cf. *Sal 13 [14],2*). Y ¿no te parece a ti que el Señor, concededor de todos los suyos, desde lo alto está clamoreando a los que le buscan: “*Vengan a mí todos los que me desean y sáciense de mis frutos*” (*Si 24,26*); y también: “*Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, que yo les daré descanso*”? (*Mt 11,28*).

“Vengan”, dice. ¿Adónde? “A mí”, la verdad. ¿Por dónde? Por la humildad. ¿Para qué? “Yo les daré descanso”. ¿Qué descanso promete la verdad al que sube, y lo otorga al que llega? ¿La caridad, quizá? Sí, pues, según san Benito, una vez subidos todos los grados de la humildad, se llega en seguida a la caridad (*RB 7,67*). La caridad es un alimento dulce y agradable que reanima a los cansados, robustece a los débiles, alegra a los tristes y hace soportable el yugo y ligera la carga de la verdad.

La caridad es un manjar excelente. Es el plato principal en la mesa de rey Salomón (cf. *Ct* 3,9). Exhala el aroma de las distintas virtudes, semejante a la fragancia de las especias más sorprendentes (cf. *Ct* 3,6; 1,2). Sacia a los hambrientos, alegra a los comensales. Con ella se sirven también la paz, la paciencia, la bondad, la entereza de ánimo, el gozo en el Espíritu Santo y todos los demás frutos y virtudes que tienen por raíz la verdad o la sabiduría.

La humildad tiene también sus complementos en esta misma mesa. El pan del dolor y el vino de la compunción es lo primero que la verdad ofrece a los incipientes, y les dice: “*Los que comen el pan del dolor, levantaos después de haberos sentado*” (*Sal* 126 [127],2).

Tampoco a la contemplación le falta el sólido alimento de la sabiduría, amasado con flor de harina (cf. *Sal* 147,14), y el vino que alegra el corazón del hombre; con él, la verdad obsequia a los perfectos, y les dice: “*Coman, amigos míos, beban y embriáguense, carísimos*” (*Ct* 5,1). “La caridad, nos dice, es el plato principal de las hijas de Jerusalén” (cf. *Ct* 3,10); las almas imperfectas, por son todavía incapaces de digerir aquel sólido manjar, tienen que alimentarse de leche en vez de pan, y de aceite en lugar de vino. Y con toda razón se sirve hacia la mitad del banquete, pues su suavidad no aprovecha a los incipientes, que viven en el temor; ni es suficiente a los perfectos, que gustan la intensa dulzura de la contemplación.

Los incipientes, mientras no se curen de las malas pasiones de los deleites carnales con la purga amarga de temor, no pueden experimentar la dulzura de la leche. Los perfectos ya han sido destetados; ahora, eufóricos, se alegran de comer ese otro manjar, anticipo de la gloria. Sólo aprovecha a los que están en el centro, a los proficientes, quienes ya han experimentado su agradable paladar en algunos sorbos. Y se quedan contentos sin más, por causa de su tierna edad.

El primer plato es, pues, el de la humildad, una purga amarga. Luego, el plato de la caridad, todo un consuelo apetitoso. Sigue el de la contemplación, el plato fuerte. ¡Pobre de mí! ¿hasta cuándo, Señor, vas a estar siempre enojado contra tu siervo que te suplica? ¿Hasta cuándo me vas a estar alimentando con el pan del llanto y ofreciéndome como bebida las lágrimas a tragos? (cf. *Sal* 79 [80],5-6) ¡Quién me invitará a comer de aquel último plato, o al menos del sabroso manjar de la caridad, que se sirve a mitad del banquete! Los justos los comen en presencia de Dios rebosando de alegría. Entonces ya no debería pedir a Dios con amargura del alma: ¡no me condenes! Todo lo contrario, al celebrar el convite con los ázimos de la pureza y de la verdad, cantaré alegre en los caminos del Señor porque la gloria del Señor es grande (cf. *Sal* 137 [138],5).

Bueno es, por tanto, el camino de la humildad (cf. *Sal* 118 [119],71); en él se busca la verdad, se encuentra la caridad y se comparten los frutos de la sabiduría. El fin de la ley es Cristo; y la perfección de la humildad, el conocimiento de la verdad. Cristo, cuando vino al mundo, trajo la gracia. La verdad, cuando se revela ofrece la caridad. Pero siempre se manifiesta a los humildes. “*Por ello, la gracia se da a los humildes*” (1 *P* 5,5).

En cuanto me ha sido posible, acabo de exponer el fruto que nos aguarda al final de la subida a través de todos los grados de humildad. Ahora, si me es posible, voy a referirme al orden con que estos grados nos orientan hacia el premio tan apetecible de la verdad.

Apéndice II

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

CAPÍTULO VII

La humildad

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

Juan, el bautista, según la tradición, es el padre de los monjes. Él es el modelo de los monjes no sólo por haber sido un asceta y por su vida en el desierto, sino que hay dos características, según san Benito, que también lo son en el monje y es lo que lo constituye:

1. **la humildad** es un tema que está en todos los capítulo de la Regla y que ocupa el capítulo más largo de la misma.
2. **el cristocentrismo**, en la Regla -y sus comentaristas siempre coinciden en esto- es que todo es Cristo: el abad, el huésped, el hermano, el enfermo, y nada debe anteponerse al amor de Cristo.

Otro tema capital de la *Regla* es la obediencia, incluso es una continuación, una actualización de la obediencia de Cristo. San Benito pone a Cristo como modelo de obediencia para el monje.

Y estos son los dos grandes temas de san Juan bautista. Su cristocentrismo es una exultación, una alegría. Juan es como el prototipo de la humildad, como lo es la Virgen. Juan es el hombre tan humilde que tiene la fórmula de la humildad, consecuencia de su cristocentrismo: “*Que yo disminuya para que Él crezca*”. No es que Dios pueda seguir creciendo, Dios no puede crecer en sí, pero si el hombre disminuye, Dios crece en su alma, crece en relación al hombre. Es un crecer sin crecer. Esto es característico de lo humilde en un orden relacional. El humilde es el que busca que los demás crezcan, que lleguen a ser superiores. En general este tipo de personas son muy felices. Así Juan al querer disminuir, recibe la alabanza de Jesús. Algunos discípulos de Jesús habían sido discípulos de Juan (él preparó y dispuso bien al pueblo).

San Juan Bautista era el hombre de la seriedad con Dios, este hombre que tenía todo este valor (hasta Herodes lo tenía por santo), que era tan extraordinario, cuando aparece Jesús uno se pregunta cómo Jesús no lo llamó para ser columna de la Iglesia. Porque vemos que Jesús deja a Juan en el desierto, y éste permanece allí preparando a las personas, en una apertura del hombre que sabe disminuir. Incluso Jesús no hizo la menor tentativa de ver a Juan en la prisión.

Es que Juan tenía que desaparecer antes de la Pascua porque él es el hombre que clausura un ciclo. Mansedumbre y veracidad coinciden en este hombre.

Por eso Juan es el gran modelo del monje. Tiene todas las notas de la humildad: manso, veraz y ascético.

La humildad no es esa actitud mojigata o hipócrita. Es diferente, es esa veracidad que descubre en uno su pobreza y su grandeza.

El monje fundamentalmente es litúrgico, su función es cantar el “trisagio”, el “Santo, Santo, Santo”, es el hombre del trisagio, el que transparenta la Trinidad. Pero esto es imposible si no hay humildad. La vocación del hombre es la santidad, para lo cual es necesaria la conversión, darse vuelta hacia Dios, cambiar en Dios. Esto es posible si la virtud de base es la humildad. Incluso la caridad, si no tiene como base la humildad, es una flor de papel, esa caridad es un formidable amor a sí mismo. El verdadero humilde no instrumentará al otro porque no le interesa crecer a expensas del otro, sino que deseará siempre que los demás crezcan sin descuidar su crecimiento querido por Dios.

La humildad es un verdadero exorcismo. Los demonios no resisten la presencia del humilde.

La definición de Juan es: antorcha de luz en medio del mundo, el gran signo que señala al Mesías (los orientales lo comparan a la estrella) y luego desaparece, se esconde en la aljaba de Dios.

El cristocentrismo converge con esto. Juan vive para Cristo desde el seno de su madre. El embarazo de Isabel es un signo de que lo que le va a pasar a María viene de Dios. Juan gira alrededor de Cristo y una vez aparecido Cristo, Juan dice que su misión se acaba para que sólo Cristo quede en el escenario.

El monje es esencialmente cristocéntrico, señala y anuncia a Jesucristo con su oración y su vida. Sabe que tarde o temprano es reducido a la nada, que quizás no se le tenga en cuenta, que vino al monasterio para morir y ser enterrado sin saber si dará el fruto que alegra a los hombres. Esa es la realidad y debemos vivirla como algo hermoso, como Juan, que no vio nada, no vio sus frutos, pero vio al Señor y eso le fue suficiente. Así debe ser en el monje. Debemos preguntarnos si nuestra vida gira alrededor de Cristo, si somos la voz de la Palabra, si nuestro cansancio es el de Cristo. Fuera de Cristo, nuestra vida no tiene sentido.